

CONSPIRACIÓN INFERNAL

VIC ADAMS



CAPÍTULO PRIMERO

Un fuerte chaparrón estaba descargando sobre el espaciopuerto. Esto lo pudieron comprobar apenas abierta la compuerta de descarga.

Y había niebla. Tan espesa que todos los objetos quedaron borrados de la vista inmediatamente al invadir el recinto.

Tuvieron que salir a tientas, agarrados a la barandilla de la pasarela para saber por donde iban.

—¡Diablos! —murmuró uno de los cuatro hombres que iban delante—. ¡Vaya recibimiento que nos hace Venus!

—Siempre lo verás igual —habló con acento pesimista el que le seguía, un hombrecillo pequeño y vivaz, llamado *Squirrel* (ardilla) por sus compañeros—. Pero esto no es niebla sino vapor del agua, que se forma al tocar el suelo recalentado por los gases del escape.

—¿Quieres decir que llueve muy a menudo?

—No —rió Squirrel—. Lo que quiero decir es que casi nunca deja de llover.

—¡Pues estamos apañados! —el primero que hablara se volvió en un inútil deseo de ver al seguidor de Squirrel—. ¿No te parece, *Gab*?

No obtuvo respuesta, ni la esperaba. Hubiera sido un milagro arrancar una sola palabra al taciturno compañero de desgracia.

—¡Menos cháchara y apresuraos! —ordenó una voz ruda, perteneciente al hombre que cerraba la marcha.

Los hombres obedecieron. Pocos pasos más adelante comenzó a desaparecer el espeso vapor, convertido en leves jirones. Thorne Besser, el que iba en cabeza, se volvió fugazmente en un intento de ver la nave que había sido su prisión durante dos largos meses.

Inútilmente. El *Spacebolt* permanecía oculto por la densa niebla que se originaba en su misma base. Además, las cataratas que se desplomaban desde las alturas dejaban reducido su radio de visión a una docena escasa de yardas.

Y las nubes. El eterno manto de vapores que cubría el cielo venusiano, impidiendo que sus habitantes contemplaran jamás el sol, apenas dejaba pasar la luz suficiente para que se creyeran en un triste crepúsculo, pese a que en realidad era cerca del mediodía.

Calados hasta los huesos en sus ropas inadecuadas para el clima, los cuatro penados apresuraron el paso, guiados por su guardián. El mundo quedó por unos momentos reducido a un suelo de rudo cemento por el que discurrían multitud de arroyuelos... y agua. Agua por arriba, por abajo, por los lados.

—Esto es Venus... —musitó con voz inaudible Jess Martin, *Gabbling* para sus colegas de desgracia. Y cerró la boca fuertemente, como avergonzado de hablar.

Inopinadamente dejó de caer agua encima de ellos, y se encontraron al pie de una ancha escalera de tres peldaños. Sobre sus cabezas corría una especie de marquesina transparente.

Entonces notaron el calor. Un calor denso, pegajoso, que en cuestión de segundos redujo a menos de la mitad el agua que llevaban empapándoles la ropa. Por unos instantes temieron morir de sofocación.

—¡Vamos adentro! —gruñó el guardián, una vez hubieron dejado de chorrear los cuatro deportados. Él iba equipado de

plástico de pies a cabeza, y ni una sola gota de agua había tocado su piel.

Empujaron una puerta transparente, y luego otra, cuando la primera se hubo cerrado tras ellos. Un escalofrío circuló por todos los cuerpos al penetrar en el edificio, provisto de atmósfera acondicionada. En relación al ambiente exterior allí dentro casi reinaba una temperatura polar. Los hombres respiraron a pleno pulmón el aire rico en oxígeno y provisto de la justa medida de humedad.

—¡Uf! —suspiró el charlatán de Squirrel—. Un segundo más y no lo resisto.

—¡Pues vas a tener que acostumbrarte, muchacho! —dijo el hombre que les custodiaba—. ¿O crees que has venido de vacaciones?

—No será tanto, precioso... —rebatió con sorna el pequeñajo.

—¡Ya lo verás! ¡Cuando te encuentres seis horas o más metido hasta el cuello en el barro, mordido por todos los bicharracos que...!

—¡Escucha, nene! —galleó Squirrel, irguiéndose en toda su insignificante estatura—. ¡Aún no soñabas tú en echar los primeros dientes cuando yo ya estaba cansado de pasar años aquí! ¡Vendrá a decirme éste lo que es Venus!

Era una notoria exageración, ya que no se diferenciaban tanto en edad, pero sí era cierto que Squirrel era un veterano de la vida en los pantanos de aquel mundo. Casi la mitad de su vida la había pasado en Venus, cumpliendo varias condenas.

—¡Seguidme! —el guardián se sentía ofendido por la mordacidad del hombrecillo, y les guió hasta un pequeño departamento dividido en dos partes por un mostrador. Debía conocer al hombre que se sentaba detrás porque cambiaron afectuosos saludos, como de viejos amigos.

Squirrel demostró su veteranía.

—¡Hola, cascarrabias! —y echó todo su cuerpo encima de las tablas para palmear al otro en la espalda—. ¡A mí dame el de siempre!

El hombre esquivó la mano que pretendía golpearle y se le quedó mirando con incredulidad.

—¿Otra vez tú? —y se echó a reír—. ¡Claro que te lo daré! Lo tienes reservado. ¡Ya sabía yo que no pasarías mucho tiempo sin

volver por aquí!

El celador extrajo del bolsillo una cartera impermeable, que entregó al empleado de inmigración.

—¡Los documentos de identidad! —dijo éste al tiempo que alargaba la mano.

Squirrel ya le estaba tendiendo el suyo. Los demás le imitaron, viendo cómo eran depositados en unos archivadores, junto con los papeles que le entregara e1 guardián. A cambio recibieron una especie de pulseras que Squirrel les ayudó a colocarse.

—Son vuestras chapas de identificación —dijo mientras ceñía la suya—. De ahora en adelante habéis perdido vuestros nombres hasta que recuperéis las tarjetas de identidad, que será al cumplir la condena... si llegáis a cumplirla.

Y él mismo, como conocedor, abrió la marcha hasta otro departamento. El guardia cerró la puerta desde el exterior.

—¿Qué hacemos ahora, Squirrel? —preguntó Besser, con la mirada fija en Gabbling que tranquilamente se había tumbado en el suelo, como si le tuviera sin cuidado el porvenir.

—Esperar —dijo el charlatán, orgulloso de verse convertido en cabecilla de los demás—. Dentro de poco vendrá nuestro nuevo amo... o uno de sus esbirros, para llevarnos a casita. Y mañana, a dejarnos la piel bajo los látigos de los capataces.

—¿Utilizan látigos? —preguntó Chris Havoc. Su voz temblaba. No era un valiente, y tampoco se preocupaba en disimularlo.

—¡Puedes decir que tienes mucha suerte si cargas con menos de veinte latigazos de castigo en una semana! ¡Eso sin contar los golpes *cariñosos* que te dan para que te apresures, para que hagas más fuerza, para que comas más deprisa... y, si lo haces, para que vayas más lentamente...

—¡Entonces se pasarán el día pegándonos! —lloriqueó el desgraciado. Squirrel rió fuertemente.

—¡Seguro! ¡Pero esos no se sienten al poco tiempo! ¡Los que duelen son los que te aplican por castigo! Yo he visto cómo a un hombre, después del tercer latigazo, comenzaron a vérsele las costillas...

—¡Cállate, Squirrel! —tronó otra voz. Gab Martin se había levantado, hablando casi por vez primera desde que se conocían. No hacía ademán amenazador alguno; sin embargo su actitud bastó

para que el bribón se encogiera como atemorizado—. ¿No ves que le estás asustando?

—¡No lo tomes así, Gab! ¡Solamente era una broma!

—¡Lo sé! Pero guárdate las bromas para los capataces. Si logras asustarles a ellos, te lo agradeceremos todos.

Y como si hubiera olvidado el motivo de la discusión tan pronto dejó de hablar, volvió a dejarse caer al suelo.

A los otros les causó la impresión, pese a que le tenían a su lado, de que se marchaba lejos... muy lejos. Fuera de Venus, como si para él no existiera otro mundo que el de sus pensamientos, que nadie conocía.

Squirrel, ligeramente avergonzado, se dedicó a examinar atentamente su pulsera de identificación.

—¡Es la misma! —murmuró alegremente—. ¡Muchachos; me han reservado mi chapa!

Nadie le hizo caso, ocupado cada cual en sus propios pensamientos. Sorprendido, pasó la mirada a su alrededor.

Gabbling, un muchachote alto, fornido, de tez bronceada pese a no haber recibido los rayos del sol durante más de dos meses, permanecía con las manos echadas tras la nuca a modo de almohada, los azules ojos cerrados como si durmiera. ¿Qué crimen habría cometido para elegir el destierro a perpetuidad en Venus, en lugar de la condena que pudiera corresponderle? Ni el nombre habían podido sonsacarle, menos aún las causas de su desgracia. Y no parecía mala persona, no. En sus enérgicas facciones se transparentaba la nobleza dé su alma.

Besser era distinto. No era necesario preguntarle para comprender que, tras la hosca máscara que era su rostro, podían ocultarse los más negros pensamientos y las más abyectas intenciones. Su última hazaña le había valido una pena de muerte, conmutada por la no mucho menos terrible de diez años de trabajos forzados en las minas de titanio, y la prohibición de salir de Venus de por vida una vez alcanzada la libertad... si lograba resistir los malos tratos de los capataces y las infrahumanas condiciones de los campos mineros.

Un leve gesto de conmiseración se le escapó, alterando por una fracción de segundo el sardónico rictus de su rostro, al fijar su vista en el último componente del cuarteto de condenados. Chris Havoc,

con sus aniñadas facciones, rubio, de apariencia endeble, posiblemente no sería capaz de soportar durante los cinco años que le correspondían, las penalidades que le aguardaban. Era un buen muchacho, a quien unos padres demasiado amantes le habían tolerado cuantos caprichos se le ocurrieran, perjudicándole más de lo que le beneficiaran. Consecuencia: Venus…

¿Y él? A veces tenía que echar mano a su documentación para recordar cómo se llamaba. Squirrel había tenido la humorada de cambiar su primera condena por un levísimo delito, que le hubiera llevado unos meses de prisión, escogiendo el destierro perpetuo a Venus luego de treinta días de trabajo en las minas. Toleró perfectamente las inclemencias del clima y los malos tratos. Al obtener la libertad se dedicó, al igual que muchos compañeros, a buscar nuevos yacimientos minerales, a la caza… en fin a todas las ocupaciones conocidas en el húmedo planeta, salvo la de capataz, que le repugnaba. Pero su espíritu inquieto no era capaz de soportar el encierro aunque fuese en un amplio territorio casi despoblado, de varios millones de millas de extensión. Y escapó oculto en un carguero… para ser regresado a continuación, con un recargo de un año, a las minas. Probó suerte de nuevo, desvaneciendo de un golpe a un alto funcionario y sustituyéndole, pero a su llegada a la Tierra ya le esperaba la policía… Y así había continuado. Siete años le correspondían por el último intento.

Los cuatro se encontraban ahora embarcados en la misma nave, y con iguales perspectivas: toda la vida en Venus, condenados a no ver el Sol, ni a sus familiares. Las estrellas acabarían por no ser sino un nebuloso recuerdo que les llenaría de nostalgia. Larguísimos *días* de casi cinco semanas de duración; con su mortecina luz crepuscular, las continuas galernas, los prolongados períodos nocturnos de casi cuatrocientas horas… y, por encima de todo, el sofocante calor de una atmósfera que apenas contenía el suficiente oxígeno para respirar… donde el menor esfuerzo producía el agotamiento, sólo mitigable con una mascarilla de aire…

* * *

—¿Qué te ocurre esta noche, Sis? Te encuentro algo extraño… como si estuvieras concentrada en ti misma.

—Nada de eso, Mel —sonrió con cierta tristeza la joven, extendiendo su mano por sobre la mesa hasta cubrir la del hombre que le hablara. Una soberbia gema de irisados reflejos centelleó con explosiva intensidad en su mano—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te he preguntado tres veces si nos íbamos ya. Y tú, como quien oye llover.

—Perdona. Estaba abstraída con la música... ¡Vamonos!

Se levantaron, y Sis Barnes, propietaria de la *Metallurgy Improvement Ltd.*, precedió a su compañero, Melwin Duval, a lo largo del estrecho pasillo que quedaba entre dos filas de mesas del lujoso *night—club*. Atravesaron la pista de baile, vacía en aquel momento, y Duval la tomó familiarmente del brazo.

Se inclinó ligeramente al oído de ella.

—No me engañas, querida. Hace rato que están tocando esos *nauseabundos takhigans* según tu opinión. Ni te habías percatado.

Ella hizo un gesto ambiguo. Penetraron en el coche de Mel, quien no hizo ademán alguno para ponerlo en marcha.

—¿Tan poco confías en mí —dijo con acento dolorido— que no te atreves a comunicarme lo que te pasa?

—¿Y para qué he de entristecer a un amigo?

—Está bien. Pero conste que quizá tenga en mis manos los medios para ayudarte. Piensas aún en *él*, ¿verdad?

—Sí, Mel. Siento tenértelo que decir, pero así es. Durante algún tiempo pensé haberle olvidado por completo. ¡Fue terrible saber que pagaba mi amor con una infamia! Pero esta noche... esa música que sonaba, y que tú crees considero *nauseabunda*... me ha recordado vívidamente la primera vez que vine a este mismo lugar con *él*. ¡Y algo me dice... que *él* no es así!

—¿Sabes dónde está?

—No. No le he visto desde que salió hacia Venus en su último viaje. Al regreso, la policía esperaba a su nave porque se había sabido que un polizón viajaba en ella. En el registro consiguiente se descubrieron varias toneladas de titanio de contrabando ¡de mis minas! ¡Estaba ayudando a los que me robaban! No quise saber de él, ni tengo idea de si aún sigue en prisión o está en libertad.

—Yo sé lo que ocurrió, Sis. Y te puedo ayudar.

—¿Sabes...? —se detuvo un segundo, como desconcertada ante esta actitud—. Pero, Mel: ¡Eso puede significar para ti el perderme!

¡Y yo sé qué me quieres de verdad!

—Sé perfectamente a lo que me arriesgo. Sis, pero tu felicidad es para mí mucho más importante que la mía propia.

—No puedo aceptar eso de ti, Mel. Es demasiado.

—En definitiva —sonrió él con optimismo— no creo tampoco que el decirte qué ha sido de él me perjudique demasiado. ¡Eso no demostrará su inocencia!

—Tienes razón, Mel. Pero —agregó en un súbito arrebato de cólera— ¡quiero verlo, aunque solamente sea una vez, para escupirle en la cara todo mi desprecio!

—¿Y luego, qué? —preguntó el joven Duval.

—¡Luego desearé morirme, ya lo sé! ¡Tú no habrás ganado mucho tampoco... recuérdalo!

—Lo tengo presente... y aunque no comprendo tus motivos te ayudaré a encontrarle. ¿Hay acaso alguien que entienda a las mujeres?

—Nadie... ni nosotras mismas... ¿Podremos ir mañana a verle?

—¿Quieres que te acompañe yo? Desde luego pensaba hacerlo, pero te equivocas si crees que está cerca. Saldremos mañana... hacia Venus. Hay un carguero de mi padre que...

—¿Venus? —Sis abrió los ojos aterrorizada—. ¿Está en Venus?

—Sí... trabajando para ti, aunque en forma distinta a como lo hizo hasta hace poco.

—Trabajando para mí... en Venus —su mirada parecía perderse en el vacío.

* * *

—¡He dicho que no, y es que no! —tronó el señor Duval, padre.

—Ya te he oído —aseguró flemáticamente su joven retoño— y te aseguro que no comprendo tu actitud. Otras veces lo he hecho.

—¡Pero ahora no tienes nada que hacer en Venus. Y ella, menos todavía!

—Eso es solamente cuestión nuestra. Y si las cosas se deslizan como yo espero...

—¡En tu vida has tenido una idea que valga dos centavos!

—¿De veras? ¿Y qué me dices del asunto de...?

—¡Cállate! ¡Aquello fue pura casualidad! ¡Toda la vida he tenido

que dirigirte hasta en los menores detalles, porque en cuando te dejo solo desbaratas todos mis planes! ¿Cuándo piensas casarte con la chica?

—Al regreso de Venus.

—¡Está bien! —Melwin Duval, *senior*, se puso en pie, dando a entender a su hijo que la entrevista había terminado—. ¡Pero conste que es la última genialidad que te consiento! ¡Si vuestra primera visita, cuando volváis, no es para mí, para anunciarme vuestra próxima boda… ¡¡te desheredo!! ¡Y no verás un solo centavo en adelante… a partir de hoy, hasta ese momento!

El joven había palidecido. Esta última medida no la esperaba.

—¡Pero, padre! ¿Cómo me las arreglo para…?

—¡Como puedas! ¡Los pasajes los tenéis gratis para ir y volver! ¡De esa forma sabré que te entretendrás allí lo menos posible!

—¡De acuerdo! —salió, viendo frustrada su intención de dar un portazo a causa de los resortes colocados para casos semejantes. Pero, apenas se vio solo, una sonrisa iluminó sus facciones.

De un bolsillo sacó un voluminoso fajo de billetes de gran valor. Los hizo correr rápidamente bajo el pulgar, guardándolos seguidamente. A continuación contempló breves segundos un talonario de cheques, repasando el número de hojas que quedaban disponibles. Tendría que procurarse algunos cheques de viaje, pagaderos en el segundo planeta.

La cuenta a que correspondían no se vería demasiado mermada, pese a que en Venus, si uno quería vivir bien, debía gastar bastante más de lo corriente. ¡Ni aunque permaneciese allí un año!

—¡Ya hablaremos a mi vuelta, viejo… si hablamos!

CAPÍTULO II

La portezuela del helicóptero se abrió, dejando entrar la mortecina luz del exterior. Seguía lloviendo, aunque no con la intensidad de horas antes.

Junto con la luz penetró una vaharada del casi irrespirable aire cargado de anhídrido carbónico.

Chris Havoc torció el gesto, acometido de náuseas.

—Ya te acostumbrarás, muchacho —dijo Squirrel—. Antes de la noche respirarás aquí como el pez en el agua.

—¿Tan pronto? —preguntó, esperanzado.

—¡Adelante, gandules! —gritó en aquel momento un hombre que se les aproximaba blandiendo un látigo.

—No os hagáis repetir las órdenes. A la segunda vez las dan por señas... con la tralla —murmuró el veterano.

Dócilmente siguieron al que hablara, formados en fila india que flanqueaban otros dos guardianes igualmente armados con látigos. A la retaguardia cerraban la marcha una pareja de individuos que parecían estar deseando probar sus fuerzas en las desnudas espaldas de los recién llegados.

Un amplio sendero corría durante un centenar de yardas, desde el campo de aterrizaje hasta los barracones de los trabajadores. El camino lo hicieron casi en completa oscuridad a causa de las frondosas copas de los altísimos árboles que los circundaban por todas partes y que impedían el paso a la débil luminosidad que dejaban atravesar las nubes.

—Habéis tenido suerte —dijo el capataz que les guiaba—. La jornada de trabajo está a punto de terminar y eso os libra de ir inmediatamente a las minas. ¡Adentro!

Se hizo a un lado, indicándoles los escalones de cemento que concluían en una fuerte puerta metálica, ahora abierta. Todos los edificios, en Venus, estaban construidos a alguna altura sobre la superficie del suelo para escapar algo a la humedad. La medida no tenía demasiado éxito, pero siempre era mejor así que a ras de tierra.

Al atravesar el umbral se ofreció ante ellos una inmensa habitación de paredes de cemento, sin otra abertura al exterior que la puerta. Estaba totalmente desprovista de mobiliario, y en un

rincón podían verse apiladas una gran cantidad de colchonetas llenas de remiendos; debían estar rellenas de una especie de paja, a juzgar por los mechones de materia que se escapaban por sus roturas.

Junto a una pared aparecía un hombre, semidesnudo, como iban ellos mismos ahora. Estaba tumbado sobre uno de aquellos jergones y el color de su piel era indistinguible a fuerza de suciedad acumulada, especialmente, al parecer, en la espalda.

El capataz se dirigió hacia él. Su látigo chascó a menos de medio milímetro de la espalda del yacente, cuyas manos cubrieron el rostro con un gemido de terror. El bromista soltó una carcajada, volviéndole la espalda.

Chris Havoc se inclinó sobre el enfermo.

—¡Deja a Bud, chico! —ordenó el capataz—. ¡No le puedes ayudar!

—Es que… —una serpiente de fuerte cuero de lagarto de los pantanos cabrilleó sobre su espalda, bajo la luz de los potentes focos del techo. Con un aullido de dolor, el muchacho se retorció, tratando de guardar el equilibrio.

—¡Las órdenes solamente se dan una vez! ¡Y cuando yo hablo, siempre es para dar órdenes!

Nuevamente levantó el brazo, pero su acción se vio obstruida por una mano que cazó al vuelo la tralla, dando un violento tirón. El capataz, tomado por sorpresa, se derrumbó pesadamente de espaldas.

Incrédulo, miró a Gab, quien conservaba aún el cruel instrumento. Sus ojos se posaron en uno de sus compañeros, quien ya se disponía a descargar su rebenque. Levanto el brazo.

—¡Déjalo, Ches! —comenzó a incorporarse con lentitud—. Este novato parece bastante fuerte y ya tenía yo ganas de hacer ejercicio. ¡Le daré una lección para que sepa con quién tiene que jugar en adelante!

Levantó el puño, enviando un golpe demoledor a la cara del inmóvil penado… y encontró el vacío. Dos fuertes manos se cerraron sobre su brazo, sintió la ligera presión del hombro del otro en su estómago, y voló por los aires. Aterrado, hundió la barbilla en el pecho al tiempo que extendía los brazos para detener el golpe, lográndolo en parte.

Salió relativamente indemne, aunque rugiente de cólera. Sin embargo había aprendido una lección: a aquel gigante de ojos azules no era fácil vencerle por la fuerza bruta.

Echó las manos hacia adelante en una rápida finta. Gab se dejó engañar solamente a medias por ella, y el descuido le costó un ancho corte en la ceja, del que comenzó a manar sangre, no sin que devolviera con creces el cumplido. El capataz exhaló el aire de sus pulmones, como un fuelle, cuando el puño del forzado se enterró profundamente en su abdomen.

Continuó la lucha. A los pocos momentos se confundían las sibilantes respiraciones de ambos, que boqueaban en demanda del escaso oxígeno que llegaba hasta ellos. Ya no se preocupaban de tecnicismos.

Gab encajó un soberbio puñetazo por debajo de la cintura, que hizo parpadear a su único ojo útil. Un violento *uppercut* cerró la boca del capataz, haciendo crujir siniestramente la dentadura.

Se golpeaban con la ceguera de dos toros bravos, insensibles al dolor de las numerosas contusiones. Un directo sobre el corazón obligó a retroceder varios pasos a Gab, hasta que sintió su espalda apoyada en el muro de cemento. Permaneció allí un momento, tratando de despejar la neblina que se apoderaba de su cerebro, en tanto que su rival le machacaba despiadadamente. Poco a poco cayó de rodillas y, finalmente, de bruces.

El fornido capataz, jadeante, clavó en él los ojos inyectados en sangre.

—¿Tie…nes bas…tante?

Gab sacudió la cabeza. Los últimos golpes recibidos habían sido más aparatosos que efectivos y comenzaba a reanimarse. Una fría resolución comenzó a apoderarse de él, y cuando finalmente se incorporó, ya no era un hombre, sino una potente máquina de pelear.

Dando una vuelta sobre sí mismo esquivó el terrible patadón que le largaba el otro, y en un segundo estuvo firmemente asentado sobre sus piernas. Cazó una mano en el aire, empujándola violentamente hacia arriba y atrás, y cuando el capataz inició la caída de espaldas le ayudó con un golpe de talón en las corvas. La cabeza retumbó sonoramente sobre el duro pavimento.

No por ello soltó la presa. De un tirón puso en pie a la pesada

mole, casi desmadejada, de su rival, recibiéndole con una escalofriante patada en pleno rostro que se lo dejó desfigurado para toda la vida; y cuando ya iniciaba el desplome le ayudó con un fulgurante revés propinado con el canto de la mano sobre la nuca.

—¡Ha matado a Jan! —exclamó colérico, Ches. Y sin aguardar más, cruzó la espalda de Gab con un formidable vergajazo. Sus compañeros se adhirieron inmediatamente a la diversión, y siguieron golpeando mientras quedó un centímetro dé piel entre el cuello y la cintura del que había osado desafiar y vencer al hasta entonces invencible Jan.

Gab, demasiado agotado para defenderse, se limitó a caer derrumbado cuando sus fuerzas no le permitieren seguir de pie. Y allí permaneció, sin perder el sentido hasta que los otros se hubieron cansado de golpearle.

Luego, tomando el derrengado cuerpo de su jefe, salieron.

Squirrel era demasiado veterano para intervenir, pese a que muy a gusto lo hubiera hecho de saber que solucionaría algo con ello. Sin embargo, apenas estuvieron solos atendió a Gab lo mejor que le fue posible, ayudado por Chris, involuntario causante de lo ocurrido.

Thorne Besser permaneció impasible, como si la cosa no le afectara en absoluto. ¡Que cada cual cuidara de sus propios asuntos!

—Si has tenido la desgracia de matar a ese Jan —murmuró Squirrel— lo vas a pasar mal. Te darán de latigazos hasta dejarte al aire todos los huesos del cuerpo. ¡Y yo no he visto a nadie vivir en esa forma!

Un encogimiento de los sangrantes hombros fue toda la respuesta que obtuvo. A Gab parecía tenerle sin cuidado el porvenir.

* * *

—...Y ésta, señor, es la situación actual: Miss Barnes ha denunciado la desaparición de grandes cantidades de titanio, al parecer en el camino entre sus minas y los almacenes desde donde se expiden a las fundiciones de la Tierra y la Luna. Siendo la *Venusian Developing Company* la única compañía dedicada a esas mismas actividades, y no existiendo diferencia apreciable entre

nuestra producción y venta, las sospechas, lógicamente, han de recaer sobre nuestra organización. No podemos esperar tranquilamente a que la policía aclare la cuestión, ya que entretanto, con su supervisión y fiscalizaciones, obstaculizarán considerablemente nuestras tareas. Por tanto he decidido dar instrucciones a todos nuestros agentes para que comuniquen a los organismos encargados de investigar el asunto cualquier noticia o dato de interés de que pudieran estar en posesión, e incluso que traten de procurarse indicios contratando para ello, si es preciso, personal especializado en número prudencial...

Melwin Duval, padre, terminó el dictado de su circular, dirigida a todos los accionistas de la poderosa *VDC*, de la cual era presidente. Hizo repetir su contenido al aparato registrador, y satisfecho, pasó a las instrucciones sobre el asunto, para todo su personal destinado en Venus.

«...Considero de especial interés se dirijan las investigaciones hacia lo ocurrido hace algunos meses, cuando un piloto de la *Metallurgy Improvement Ltd*. fue sorprendido en un espaciopuerto de la Tierra con un alijo de titanio, desprovisto de la documentación de salida de Venus, pese a que procedía de ese planeta. Convendría averiguar qué personas le ayudaron a estibarlo, y, partiendo de ellas, seguir el rastro hasta la mina de donde procediese. Según tengo entendido, la policía ya intentó algo en este sentido, pero tropezó con el mutismo del piloto, que alegaba no saber nada del asunto; tal vez convendría dirigir las pesquisas por medio de agentes reclutados entre los penados que han cumplido sus condenas...»

Convencido de que había hecho cuanto estaba en sus manos para resolver este enojoso asunto, dedicó el resto de la tarde a otras cuestiones. A última hora pulsó el resorte del intercomunicador: en la pantalla apareció inmediatamente el rostro bonito de su secretaria.

—He terminado, señorita Sterley. Preocúpese de que las comunicaciones grabadas salgan hoy sin falta; especialmente la de Venus debe gozar de prioridad sobre cualquier otra.

—Está bien, señor Duval. Así se hará.

El cristal recobró su acostumbrado color opaco, y el importante personaje salió por una puertecilla particular en busca del ascensor

que le dejaría en la planta baja.

En el sótano esperaba su coche, que en pocos momentos le llevó a la magnifica quinta que poseía en las afueras de la ciudad.

Las artísticas verjas de hierro forjado a mano se abrieron por medió de un mecanismo automático, haciendo innecesario que el vehículo disminuyera siquiera la marcha, cerrándose a continuación tras él. Lo mismo ocurrió en el garaje.

—Limpia el coche, Hank. Tienes libre hasta las diez. A esa hora búscame en la biblioteca para ir a la reunión que tú sabes, con el director de la agencia de Marte.

El chófer saludó, llevando la mano a la gorra.

Míster Duval penetró en la casa.

Quedó extrañado de la incomparecencia de so mayordomo: pero convencido de que tal vez estaría en la bodega ordenando amorosamente la infinita variedad de licores, según tenía por costumbre, pasó a la biblioteca pensando que desde allí podría llamarle.

No tuvo ocasión de hacerlo.

Apenas había traspuesto los pesados cortinajes de la entrada, un hombre que parecía estarle esperando, levantó una larga lanza, tomada de la colección de armas de todas clases que cubrían las paredes, y colocadas entre las estanterías repletas de libros.

Melwin Duval cayó sin un gemido, con el corazón atravesado.

* * *

Fue esta noticia la que les recibió a su llegada a Venus.

Ya se disponían a dejar sus asientos para seguir al hombre que había cargado con su equipaje ligero, cuando el telegrafista asomó llevando una hoja de papel mecanografiado.

—¡Señor Duval, un momento, por favor!— Mel y Sis esperaron a que llegase a su altura—. Lamento mucho ser yo quien le dé esta mala noticia, señor. Pero acaba de recibirse y...

El joven arrebató el papel y comenzó a leerlo. Casi desde las primeras palabras palideció intensamente; sus labios se apretaron en delgada línea, pero debía tener nervios de acero porque, aparte de esto, sus facciones permanecieron inalterables.

—¿Ocurre algo grave, Mel?

No contestó a esta pregunta de la muchacha, y ella dirigió una mirada interrogadora al telegrafista.

—El señor Duval ha sido asesinado, señorita —contestó éste.

La joven contuvo un grito de horror, llevándose el dorso de la maño a la boca. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Ase… sinado? ¿Por qué?

—Según el mensaje parece ser que sorprendió a unos ladrones en su biblioteca. Todo estaba revuelto y la caja de caudales abierta. No se sabe lo que había en su interior.

—Dinero —dijo el joven Duval en este momento, guardando el papel en un bolsillo—. Grandes cantidades de él. Papá siempre guardaba allí una buena suma.

—¿Qué más dice?

Él respondió con una triste sonrisa.

—Como heredero de mi padre poseo más de la mitad de las acciones de la Compañía. Por tanto se me nombra presidente interino hasta que se celebre la primera Junta General… en que, lógicamente, resultaré elegido, salvo que renuncie a semejante honor.

—Volverás inmediatamente a la Tierra, supongo…

—Tendré que hacerlo antes de lo que esperaba, desde luego. Pero, ya que estamos aquí, aprovecharé para dar un vistazo a esto. Has de regresar conmigo.

—No sé si podrá ser, Mel. Mi intención es permanecer aquí hasta que averigüe lo que ocurre con mi titanio. Ya sabes que últimamente la producción ha disminuido mucho, y los gastos y trabajos que se realizan son los mismos… superiores, mejor dicho, porque hemos puesto en marcha dos nuevas minas.

—Es posible que la causa sea distinta de lo que tú crees. Tu material de producción no es demasiado moderno…

—¿Y qué me dices de la partida de titanio descubierta en la nave que… —se interrumpió, pareciendo que iba a estallar en sollozos al recuerdo de la traición del hombre que ella había creído digno de su amor— que tú sabes?

—Pudo ser un acto esporádico.

—Demasiada casualidad que lo descubrieran a la primera vez. Además ese mismo material que tú calificas de antiguo, y que yo reconozco lo es, no está averiado, que yo sepa. He de averiguar lo

que ocurre —terminó tozudamente.

—Como prefieras, querida. Yo te acompañaré siempre que me sea posible, hasta que no tenga más remedio que regresar. Sabes que me tienes a tu disposición en todo.

—Te lo agradezco de verdad, Mel. Ya sé que eres mi único amigo… la única persona en quien puedo confiar.

Faltaban aún el equivalente a tres o cuatro días terrestres para que en Venus anocheciera. Sin embargo decidieron dedicar unas horas al descanso antes de ponerse en camino hacia las posesiones de Sis.

—Tengo que mantener una entrevista urgente —comunicó Duval a la muchacha—. Tú ve al hotel. Ya pasaré a buscarte.

Así lo hizo ella; pero, pese a que estaba extenuada, el sueño no quería acudir a sus ojos en la lujosa habitación que le había sido reservada, con atmósfera y clima acondicionados, hasta el extremo de que hubiera podido creer que aún no había salido de la Tierra.

Unas palabras de la conversación tenida con Mel, por asociación de ideas, le habían traído algo en qué preocuparse.

Pudo ser un acto esporádico.

En efecto, pudo serlo. Pero ¿qué necesidad había tenido aquel hombre de arriesgarse por una cantidad de dinero relativamente ridícula, si se comparaba con el de que iba a disponer pronto, cuando se casara con ella?

Además era casi inconcebible que pensara en descargar él solo veinte toneladas de titanio. Forzosamente debía haber tenido cómplices, tanto a la salida como a la llegada.

Y en este caso ya no podía ser cuestión de un solo cargamento. No hubiera valido la pena montar una organización como la necesaria para llevar la cosa a buen término.

¿Era obra de la casualidad el que la policía recibiera una confidencia de que, *precisamente* en aquella nave, viajaba un polizón?

¡No! ¡Eran demasiados los indicios que apuntaban hacia una conspiración contra Jess Martin!

Pero ¿por qué? Era un simple piloto. Otro hombre le sustituyó en el empleo y las cosas continuaron marchando como antes.

Tal vez estaba aquí el *quid* de la cuestión. *Fabricando* pruebas contra un hombre, se le eliminaba. Y, seguidamente, otro ocupaba

su lugar… tal vez preparado de antemano… ¿para realizar qué misiones?

—¡Por encima de todo, he de hablar con Jess! ¡Aunque Mel trate de impedírmelo! ¡Jess no puede ser culpable!

Mel… Jess… ¿qué tenían en común aquellos hombres?

Eliminado Jess, Duval tenía el camino libre hacia ella. ¿Estaría aquí la pista?

No era creíble. Melwin Duval, propietario prácticamente de la más poderosa industria minera de Venus, no tenía necesidad de casarse con una rival en el negocio… salvo que esa rival le molestase.

—Estás fantaseando demasiado, Sis —se dijo sonriendo—. Posiblemente estás sacando punta a cosas que no la tienen, y la solución sea mucho más sencilla.

¡El tiempo lo diría! ¡Pero ella estaba dispuesta a no salir de Venus hasta aclarar todo el misterio!

No sabía donde se estaba metiendo.

CAPÍTULO III

Gabbling ya había sanado de la terrible paliza que recibiera como saludo de bienvenida. Sin embargo, las cicatrices que cruzaban su espalda en todas direcciones quedarían allí marcadas indeleblemente, al igual que las que lucía el pobre Bud.

El trabajo era agotador. La viscosa humedad venusiana se filtraba por todas partes, corroyendo en poco tiempo hasta los más resistentes metales, y por ello resultaba más práctico recurrir en lo posible a la mano de obra, más lenta pero menos costosa. La minería en Venus estaba atrasadísima.

Solamente el proceso de fundición y refinado del metal, hasta obtener pequeños lingotes, se llevaba a cabo mecánicamente, dentro de formidables edificios con atmósfera acondicionada. Pero en el fondo de las minas eran los penados quienes arrancaban los trozos de roca a fuerza de pico y pala, cargándolos en las vagonetas, que debían empujar a mano hasta la salida y a través de un buen trozo de selva, hasta la factoría.

Luego volvían a transportar los lingotes sobre los hombros, atravesando un pantanoso camino, hasta el claro donde eran cargados en helicópteros que se encargaban de llevarlos a los almacenes.

Gab, Squirrel, Chris y Thorne formaban parte del equipo encargado aquel *día* de llevar los pesados trozos de titanio.

Cargados con tres bloques cada uno, tenían que hacer formidables esfuerzos para no quedar atrapados en el legamoso camino. Delante, detrás y a los lados, vigilantes capataces acechaban cualquier signo de debilidad para hacer chascar los látigos sobre la temblorosa carne.

Thorne, que, no se sabía cómo, había logrado cargar con solamente dos lingotes, resbaló de pronto. Un capataz que iba junto a él tuvo que apartarse de un salto para evitar que le cayera sobre el pie uno de los pesados bloques metálicos.

—¡Idiota! —rugió, colérico—. ¡Podías tener más cuidado! ¡Casi me rompes una pierna!

Y la sibilante tralla dibujó un complicado arabesco en el aire antes de chascar siniestramente sobre la espalda de Besser. El hombre soltó un gemido y se apresuró a recoger su carga,

reincorporándose a la fila de porteadores.

Squirrel se aproximó a Gab.

—¿Has visto eso? —preguntó en un susurro.

—¿El qué? —preguntó a su vez Gab, con indiferencia.

—Con lo bruto que es ese Ches, y a pesar de lo indignado que estaba, apenas ha rozado a Besser con el látigo.

Gabbling se encogió de hombros como si aquello le importara bien poco. Hacía días que observaba extrañas desapariciones de Besser, habiéndole sorprendido a veces de charla con alguno de los capataces. Thorne era, desde su llegada, quien menos había probado el látigo. Casi podía decirse que ignoraba el sabor de un buen golpe de tralla.

—¡A callar! —ordenó una voz detrás de ellos.

—¡Uff! —hizo Squirrel, no demasiado acostumbrado tampoco a las caricias del cuero. Con un supremo esfuerzo logró mantener el equilibrio, evitando que se le cayera la carga, pues sabía que el otro estaría pegándole hasta que reanudara la marcha.

Dirigió una venenosa mirada a su atormentador. Era el mismo Ches que, por un motivo mayor, había pasado por alto a Thorne.

Un helicóptero de carga esperaba en el claro. El piloto abrió la portilla y los forzados fueron descargando en su interior. Dos de ellos subieron arriba, y mientras los demás transportaban otros lingotes de un montón cercano, procedieron a apilarlos cuidadosamente para que ocuparan el menor espacio posible.

—¡Quedaos ahí! —ordenó Jan, el capataz—jefe, al ver que se disponían a bajar una vez completado el cargamento—. Tú, y tú, y vosotros dos; subid también.

—¿Ha terminado ya la jornada? —preguntó inocentemente Chris, disponiéndose a obedecer. Una mirada de reconcentrado odio y el correspondiente latigazo, dado con toda el alma, fue la única respuesta que obtuvo de Jan. El capataz aún se acordaba de que por su culpa había recibido la más formidable paliza de toda su vida.

Gab compartió los honores de la atención del capataz al desfilar por delante de él, seguido de Besser y Squirrel. La mano de Jan se cerró fuertemente sobre el mango del látigo, pero se reprimió a tiempo: tenía que quitarse la espina, desde luego. Pero más adelante, con calma... ¡aún quedaban años!

Rechinó los dientes. ¡Poco iba a poder si no acababa con el

imperturbable Gab antes que éste lo hiciera con su condena!

Jan y Ches subieron junto al piloto luego de cerrar la portezuela del departamento donde iban los penados con el titanio. El helicóptero emprendió el vuelo, elevándose por encima de los altos árboles que impedían ver el suelo.

Envueltos en la total oscuridad de su encierro, Gab y los otros no hubieran podido decir cuanto duró el viaje ni la dirección que seguían. Solamente, al cabo de lo que les parecieron infinitas horas, sintieron como el aparato descendía hasta posarse sobre el suelo.

Estaban en un claro de la selva que, por lo que sabían, podía encontrarse en cualquier parte de Venus.

Animados por los gritos y látigos de los capataces, descargaron la mercancía a toda prisa, dejándola amontonada a un lado del calvero. Gab pensó por un momento en que sería una magnífica ocasión para dominar a los guardias: en fin de cuentas ellos eran seis contra solamente tres hombres.

Pero desechó instantáneamente la idea. El extraño Thorne, que parecía gozar de relativa impunidad, era una incógnita. Lo mismo podía ponerse de su lado que hacer todo lo contrario. Chris Havoc de poco serviría en una pelea. Y una mirada de reojo le reveló que el piloto mantenía entre sus brazos un arma de temible aspecto.

No había nada que hacer. Además, aun en caso de escapar, ¿dónde irían? Aunque no los había visto nunca, habían llegado a sus oídos historias de fantásticos monstruos que poblaban la espesura.

—¡Bah! —pensó—. Ya se presentará otra ocasión más favorable. Y si no... ¡aguantaremos mientras sea posible!

Cuando se reintegraban al encierro empujó involuntariamente a Thorne Besser, que se había detenido en la portezuela mirando hacia el exterior.

—¡Ten cuidado, atontado! —rugió, levantando el brazo. Pero no le golpeó con fuerza. Sin embargo el empujón hizo a Gab dar media vuelta.

Y antes de zambullirse en la oscuridad vio lo que, al parecer, había estado mirando Besser: unas altísimas montañas que asomaban por encima de los árboles que los rodeaban por todas partes.

Tuvo la impresión de que esto era lo que Thorne había querido

que mirase cuando le empujó.

* * *

En la Tierra era domingo. Y los domingos en Venus tampoco se trabajaba. Los capataces tenían su día de asueto y marchaban, salvo unos pocos que se quedaban de guardia, a Venustown, la única población del hemisferio, donde tenían su base los penados que, luego de alcanzar la libertad, vagabundeaban por todo el planeta realizando mil pequeños trabajos o buscando minerales que les permitieran ganar algún dinero con que poder adquirir el carísimo veneno que los taberneros titulaban pomposamente *whisky legítimo, importado directamente de la Tierra*.

Sin embargo, eran muy rarísimas las naves que llegaban con esta clase de cargamentos.

Thorne Besser había compartido el privilegio de los capataces, marchando con ellos. Los demás gozaban de la relativa libertad de moverse a su antojo, ya que, hallándose en una isla de unas diez millas de ancho por el doble de largo, les resultaba casi absolutamente imposible el intentar la fuga.

La tierra no estaba lejos: apenas a tres millas de uno de los extremos de la isla. Pero nadie hubiera podido cruzar a nado esta extensión de turbulentas aguas sin que le sorprendiese alguno de los terribles carnívoros marinos qué las infestaban.

Gabbling Martin se había quedado solo. Tumbado en su colchoneta, dejaba pasar las horas.

Y siempre dando vueltas a lo mismo: aquel extraño viaje a un paraje desconocido, pero que indudablemente estaba lejos de la isla.

¿Tendría esto alguna relación con el cargamento que sorprendieron en la nave que él pilotó y que le había llevado a la situación en que se encontraba ahora?

Con su característico encogimiento de hombres dio de lado a la cuestión. A fin de cuentas, ¿qué podía hacer él? No era sino un recluso, sin posibilidad alguna en mucho tiempo. Estaba condenado a pasar el resto de su vida en este infierno...

Trató de dormirse... posiblemente lo consiguió.

Algo, que de momento no pudo identificar, le obligó a volver a la realidad. Un cambio en el ambiente.

Levemente alarmado, se puso de pie. Con movimientos automáticos, casi inconscientes por la costumbre, colocó el jergón en la pila y salió al exterior, maravillándose de algo que no había ocurrido desde su llegada a este planeta.

¡Había dejado de llover!

Se reclinó en el quicio de la puerta. La oscuridad iba espesándose, indicio de que pronto llegaría la larguísima noche de quince días. ¡Su segunda noche en Venus!

¿Cuántas le quedaban aún aquí?

Tres figuras salían de la selva, dirigiéndose hacía donde estaba él. De momento creyó que eran algunos de sus compañeros que regresaban, pero un segundo después pudo observarlos más detenidamente.

Indudablemente uno de ellos era un capataz: el látigo que colgaba de su cinturón así lo daba a entender claramente. Los otros dos llevaban los impermeables plásticos, característicos en los terrestres recién llegados.

Se aproximaron. No le habían visto o les tenía sin cuidado la presencia de un forzado, ya que siguieron conversando.

—...No puedo decirle nada, señora. El que dirige todo esto es Jan Bliss, que no regresará hasta dentro de varias horas. Hoy no se trabaja y todos han salido hacia Venustown.

—¿Los penados también? —preguntó uno de los recién llegados ¡una mujer! con extrañeza.

Gab Martin la reconoció inmediatamente. ¿Cómo iba a olvidar a Sis Barnes tan pronto? Y se zambulló en la penumbra del dormitorio.

Pero las voces siguieron aproximándose. El capataz respondía.

—No, señora. Se les da libertad para que recorran la isla.

—Sis —intervino otra voz, seguramente la del hombre que iba con ella. ¿Quién sería?—. Podemos volver mañana. Veo que hoy no podrás hablar con ese Jan Bliss.

—No, Mel, lo siento —opuso ella terminante—. Esperaré hasta que venga, y si es necesario permaneceré aquí dos o tres días.

—¡Pero eso no puede ser! —la voz del otro era ligeramente suplicante—. Yo no me atrevo a dejarte sola, y por otro lado me es totalmente imprescindible regresar a Venustown en un plazo de tres horas. Ya sabes que...

—Sí, lo sé. Pero yo me quedo. Y si tanto interés tienes en acompañarme, esperarás conmigo —se mostraba irritada sin motivo aparente.

Se habían detenido ante la escalera de entrada al dormitorio donde estaba Gab.

—¿Qué es esto? —preguntó Mel.

—Le llamarnos *la cuadra*, señor —repuso respetuosamente el capataz—. Es donde encerramos a los penados durante las horas de descanso.

—Quiero verla —la voz de la muchacha hizo encogerse a Gab sobre la colchoneta, ocultando el rostro entre sus pliegues. Un sudor frío comenzó a invadirle.

—No hay nadie —aseguró el capataz.

—Además debe oler a demonios —machacó Duval,

—No será peor que cualquier otra parte de este planeta. ¿No hay luz?

Ella misma, o bien el guardián, debió pulsar el conmutador, porque una brillante claridad inundó en el acto el recinto. Los pasos de los tres resonaron en el pavimento.

—No huele —observó la joven irónicamente—. ¿No sabías que no es la primera vez que vengo por aquí, Mel? Claro que tú no has tenido que preocuparte hasta ahora: no eres... o eras, mejor dicho, más que el hijo del director de la *VDC*. Pero yo, en cambio, he de hacer visitas periódicamente a mis factorías, y sabía que hay un sistema automático de desinfección, que al propio tiempo proporciona aire seco y sobrecargado de oxígeno a todos los edificios... aunque no creo que esta atmósfera sea muy distinta de la de ahí fuera.

Se volvió interrogante hacia su guía.

—Es que... —balbució éste— no lo sé con certeza, pero creo que se ha estropeado algún mecanismo estos días...

—Bien. Ya hablaré de eso con Jan... —entonces reparó en el bulto encogido sobre la colchoneta en el más lejano rincón—. ¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Está enfermo?

—No, señora. No hay ningún enfermo. Debe estar durmiendo.

Sin esperar más órdenes se aproximó al yacente Gab. Su látigo chasqueó sonoramente sobre las desnudas espaldas, con brutal golpe.

—¡Arriba, perro! —gritó. ¡El ama quiere hablarte!

Con la tralla empuñada aún, retrocedió aterrado al ver la mirada inyectada en sangre del hombre que levantaba el rostro hacia él y comenzaba a incorporarse lentamente, con movimientos felinos. Gab le hubiera destrozado en aquel mismo instante en que se sentía humillado hasta lo indecible. ¡Golpearle de ese modo en presencia de...!

La voz de Sis salvó la vida del capataz, haciendo que Gab reaccionara recobrando la serenidad.

—¡Salvaje! ¿Por qué ha tenido que golpear a ese hombre? —Se aproximó al penado con ánimo de examinar la herida... y se detuvo aterrada al ver la multitud de recientes cicatrices que cruzaban su espalda en todas direcciones. No tenía ojos más que para el formidable torso martirizado, lo que le había impedido reconocerle —. ¿Le ha hecho mucho daño?

Él no contestó, pese a que estaba deseando hacerlo... estrujarla entre sus brazos... y ocultó la cabeza entre los hombros, emprendiendo la marcha hacia el exterior.

—¡Espere! —se detuvo en seco—. ¡Esa herida hay que curarla inmediatamente! ¡Se podría infectar!

Una seca risa partió del forzado. Pero ni una sola palabra.

—Déjale, Sis! ¿No ves que ni siquiera te lo agradece?

—¡No lo hago para que me lo agradezca, Mel, sino porque lo necesita! —repuso ella con dignidad.

—Si pudiera te estrangularía en este momento, puedes estar segura. ¡Asesinos de mala calaña es lo que son todos!

Gab cerró los puños con fuerza, pero continuó dando las espaldas a los tres. *A ti sí que te retorcería el pescuezo, señorito*, pensó.

—¡Guíenos hasta el botiquín! —ordenó la muchacha al vigilante.

—Yo mismo lo llevaré, señora. No se moleste.

—No me fío de usted. Si le ha golpeado sin motivos, lo mismo sería capaz de hacerlo ahora... ¡Jess!

Había estado tratando por todos los medios de ver el rostro del que tan preocupado se mostraba por ocultarlo, y finalmente lo había conseguido.

—Sí —repuso el penado, levantando la cabeza. Ya no sentía deseo alguno de ocultarse—. Yo soy.

Su voz era fría, distante... y tan llena de dignidad que ella estuvo

segura en aquel momento de que jamás había intentado traicionarla. ¡Su Jess no podía ser un criminal! ¡Y ella había evitado su presencia desde que supo la acusación que pesaba sobre él!

Se plantó ante él. Levantó las manos como si fuera a acariciarle el rostro, y finalmente se arrojó en sus brazos… para verse contenida por unas manos de hierro que, tomándola por las muñecas, la obligaron a mantener las distancias.

—No hagas eso, Sis, Podrías mancharte.

Los otros dos permanecían en pie, mirándolos con incredulidad. Especialmente el capataz no salía de su asombro.

La muchacha se volvió hacia ellos.

—Mel… por favor… ¿podrías dejarnos solos un momento?

—Muy a mi pesar —asintió deportivamente. Y salió, seguido del guardián.

Gab trató de seguirles, pero ella se interpuso en su camino.

—He venido desde la Tierra adrede por hablar contigo. No voy a regresar sin haberlo hecho.

—Está bien —se resignó él, cruzando los brazos y apoyando el hombro contra la pared. La reciente herida le mordió agudamente, pero ya estaba acostumbrado al dolor físico y su rostro no reflejó lo que le pasaba—. Empieza cuando quieras.

Sis Barnes estuvo un buen rato contemplando al hombre que amaba, literalmente bebiendo su aspecto… recordando.

Dio un paso hacia él, que inmediatamente se puso en guardia.

—Dime, Jess, ¿es verdad que llevaste titanio robado de mis propias minas, a la Tierra?

—No cabe duda de ello, Sis. Estaba a bordo del *Gold Coast* cinco minutos después del aterrizaje.

—¡No es eso lo que quiero decir, Jess! ¡Lo que quiero que me digas es si *tú* sabías que estaba allí!

Gab Martin sonrió débilmente.

—Eso no se discutió en el juicio. Se dio por sentado.

—¡No me vengas con evasivas! ¿Estabas tú complicado en el asunto?

—¿Y para qué quieres saberlo ahora? ¿Te remuerde la conciencia por haberme creído culpable como todo el mundo? ¡Márchate, Sis! Lo que sea de mí en adelante, no es cosa tuya.

El sarcasmo en sus palabras era evidente. Ella sintió más firme

que antes el convencimiento de que Martin había sido víctima de las circunstancias, siendo inocente en realidad.

—¡Jess! ¡Quiero que me digas que tú no...! ¡Removeré cielo y tierra para sacarte de aquí!

—¡Vete! —el brazo derecho del hombre señaló imperioso a la puerta, pero antes de que la muchacha hiciera movimiento alguno para obedecer, sonrió irónicamente—. Perdone, miss Barnes. Éstos son sus dominios. Me iré yo.

Y, uniendo la acción a la palabra, se sumergió en la espesura de la selva. Sis Barnes no trató de obstaculizarlo esta vez.

CAPÍTULO IV

—Eso es una locura! ¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué no? ¿Quién me lo va a impedir?

—Tus propios capataces, Sis. Recuerda que, si bien perciben un sueldo que sale de tu bolsillo, son en realidad empleados del Gobierno. Tienen órdenes de emplear el látigo y, si bien es cierto que alguna vez se exceden en esto, tú no puedes prohibirles que lo hagan.

—¡Pero eso es puro salvajismo, Mel! ¡La esclavitud fue abolida hace siglos!

—No se trata de esclavos, sino de hombres que cumplen una condena temporal. Si quebrantas el estatuto que existe para con ellos, solamente conseguirás que te sea retirada la franquicia para utilizarlos. Y la *Metallurgy Improvement* se hundirá en menos tiempo que cuesta el decirlo, ya que los ensayos que se han intentado para sustituir la mano de obra por maquinaria, han demostrado que, en el clima de Venus, las reposiciones por corrosión se llevan prácticamente todos los beneficios.

—¡A pesar de todo, prohibiré que sean azotados salvo en casos extremos! ¡Y yo misma vigilaré que se cumpla!

—¿Te vas a quedar aquí?

—Sí. Indefinidamente.

—Yo también voy a permanecer algún tiempo en Venus. Vendré a verte a menudo.

—Cuando quieras, Mel. ¿Te marchas ahora?

—Sí. No tengo más remedio. Volveré cuanto antes.

—Por favor. Di a Jan que quiero hablarle.

El capataz—jefe había regresado poco antes de su viaje dominical a Venustown. Duval le encontró departiendo con otro hombre de facciones brutales, desconocido para él por completo.

—¡Jan! —llamó desde cierta distancia, refugiándose bajo el porche de uno de los edificios. Había recomenzado a llover.

El capataz se volvió, reconociendo al joven. Sus facciones se iluminaron.

—¡Señor Duval! —gritó al reconocerle. Al trote se aproximó, dejando plantado a Thorne Besser, quien luego de dirigir una mirada de extrañeza al que llamara, emprendió el regreso al

barracón de los trabajadores—. ¡No sabía que estuviera usted aquí! Roger me ha dicho que había venido un hombre acompañando a la señorita Barnes, pero no podía figurarme…

—¡Lo comprendo, Jan! —río Duval—. Ahora escucha, que tengo bastante prisa. La señorita Barnes quiere hablarte, seguramente para darte órdenes de que moderéis vuestro comportamiento para con los forzados, pese a que, por lo que he visto, no os excedéis precisamente.

—Perdone, jefe, pero apenas nos dan motivos. Cuando se presenta la ocasión, queda uno lisiado para varias semanas.

—¡Hay que ser más rígidos! ¿Qué hay con el titanio?

—Se envía un veinticinco por ciento de la producción.

—¡Ha de ser el cincuenta!

—Está bien, pero si la señorita Barnes ha de permanecer rondando por aquí, será difícil.

—De ti depende. Pregunta a Roger quién es el penado que estaba en el barracón a nuestra llegada. Hacedle la vida imposible, pegadle por cualquier motivo, pero sin dejarle inutilizado. Me interesa solamente que le humilléis hasta el máximo en presencia de ella. Tal vez así logremos que se marche cuanto antes.

—Lo que me gustaría saber, jefe, es quién se lleva el titanio que apartamos nosotros.

—¡Eso no te importa, Jan! ¡Y te advierto que no tolero curiosos a mi alrededor!

—Perdone, patrón, pero es que…

—¡Se te pagan los escasos riesgos que corres! ¡Cierra el pico, pues!

Salió con rápidos pasos hacia el claro donde quedaba su aeronave, con los rotores batiendo la pegajosa atmósfera. Su piloto se le había adelantado.

Momentos después emprendían el regreso a Venustown.

Jan se quedó mirando al aleteante pájaro hasta que fue tragado por la neblina formada por la lluvia. Luego, encogiéndose de hombros, se encaminó a donde le esperaba Sis Barnes.

—¡Tiene razón! ¡Me importa un bledo lo que hace con el titanio! ¡Mientras pague…!

Los últimos trabajadores se reintegraban a sus cuarteles, llamados por la sirena que indicaba el término del *día horario*.

Horas más tarde, Mel Duval se reunía en una habitación de su hotel con el ingeniero jefe de personal de la *Venusian Developing Co.*, en Venus. La entrevista debía ser importante a juzgar por las precauciones que ambos tomaron para que nadie pudiera escuchar, ni por accidente, lo que trataban.

Pero cuando cualquiera hubiese esperado que los dos hombres sé enfrascaran en profundos estudios de documentos, balances y estadísticas, ellos hicieron precisamente lo contrario.

Al menos en lo que se refería a la buena marcha de la compañía cuyos intereses tenían la obligación de velar.

—¿Tienes ya eso? —preguntó Duval como salutación, apenas el otro hubo cerrado la puerta tras de sí.

—Aquí está —palmeó la voluminosa cartera que llevaba en la mano—. Tengo un estado completo de todas las operaciones de la *Metallurgy* durante los últimos diez años. Y completamente al día todo lo relativo a sus saldos deudores y acreedores con todos cuantos se relacionan con ellos. Puedo anticiparte que van bastante mal. Los gastos de explotación se los comen...

—No me lo expliques, Noah —le interrumpió Duval—. No quiero tener ideas preconcebidas cuando me ponga a estudiar todo esto detenidamente. ¿Y lo demás?

—Bien .Me ha costado bastante convencer a los de la *Magnetic* para que compraran cien toneladas más de lo que les interesaba. Pero al ofrecerles este género suplementario a un valor más bajo del normal, con la excusa de que no pagamos aduanas, han aceptado de mil amores.

Duval soltó una estrepitosa carcajada.

—¡El gran Noah Lipton, el mago de las ventas, que en dos o tres años ha duplicado las ventas de la *Venusian*! El imprescindible, hoy día, con un sueldo más alto de lo que soñó jamás.

—Tú te llevas tus beneficios —sonrió Lipton.

—¡Faltaría más! ¿Quién, sino yo, te da todo el trabajo hecho? A mí debes el empleo en la Compañía, como yo he sido quién llamó la atención de mi padre hacia mi brillante compañero dé estudios. Gracias a mí, cada operación, cada cliente nuevo, te ha valido subir un escalón más. El próximo será de Director General conmigo.

—...si todo sale como tenemos planeado...

Duval dijo:

—No tiene por qué salir mal. Es casi imposible. La *Venusian* y la *Metallurgy* se fusionarán, bien porque la Barnes acabe por acceder a casarse conmigo o porque la constante sangría de titanio que está sufriendo será finalmente insostenible, con lo que se verá obligada a vender por lo que queramos darle. Por nuestra parte, somos dueños del cincuenta y uno por ciento de las acciones de la *Venusian*, con lo que nos sobra para controlarla… y llevarnos la parte del león en los beneficios. Eliminado el último obstáculo que representa esa obstinada, Venus será nuestro.

Lipton sacó un cigarrillo de un paquete impermeable. Las últimas palabras de Duval coincidieron con la primera bocanada de humo.

—Y lo harás tú solo. Ni de tu sombra te fías, creo.

—¡Oh, no lo creas! Confío en ti, en Jan Bliss, el capataz de la Barnes, en algunos muchachos que tengo en la Tierra…

—…que por tu encargo liquidaron al viejo Duval…

—¡Noah! —gritó Mel, totalmente descompuesto—. ¡Deja a mi padre en paz! ¡Yo no he tenido nada que ver…!

—Acabas de decir que te fías de mí, recuérdalo. No negarás que es gran coincidencia. ¡Precisamente cuando más te molestaba!

—Puedes pensar lo que quieras —había recobrado la calma en el acto. Lipton se arrepintió, acobardado por su hablar felino, amenazador—. Pero ten en cuenta dos cosas: la primera es que no consiento que *nadie* —recalcó la palabra— de los que están a mi alrededor sepa más de lo imprescindible… ni que lo imagine siquiera. La segunda, que solamente *yo* sé cuántos hombres tengo a mi servicio y quienes son. Muchos se han encontrado impensadamente perdidos en los pantanos sin posibilidad de retorno… o les ha pasado por encima un automóvil, o…

Sonrió tranquilizadoramente, ante el balbuceo de Lipton.

—Perdona, Mel…, yo no quise…

—¡Oh, no! Eres tú quien ha de perdonarme, Noah. Ya sé que eres de toda confianza y que jamás se te ocurriría preguntarme, sin importarte, como ya lo ha hecho otro, dónde va a parar el titanio…

La palidez del ingeniero se acentuó al comprender lo peligroso de su situación. Duval, seguro de su terreno, cambió de tema.

—Tengo una pequeña queja, Noah. ¡No contra ti, desde luego! Pero ocurre que Jess Martin, el piloto a quien endosamos aquella

carga de titanio junto con un polizón, ¿recuerdas? —Lipton afirmó con la cabeza—, pues, contra todas mis instrucciones, le han destinado en la *Metallurgy*. La chica Barnes se ha enterado y ahora tratará de remover cielo y tierra en su favor. ¡Mis órdenes eran que desapareciese en algún rincón donde ella no pudiera encontrarle!

—No sé qué puede haber ocurrido, Mel. Yo encargué en la Jefatura de Inmigración…

—¡Averigua quién se ha equivocado! ¡No tolero que nadie amenace mis planes con un descuido! Mi situación es ahora violenta, pues he tenido que decirle a la chica donde está para predisponerme en su favor. Ella lo hubiera averiguado igual. El culpable dejará de percibir nada de nosotros, y si puedo lo enviaré a la Tierra… o a otro sitio.

Luego vino ya el verdadero capítulo de cifras y papeleo. Tal vez algún observador imparcial se hubiera sorprendido de los temas que trataban, ajenos por completo al interés de los accionistas de la *Venusian*… que no se llamaran Duval.

* * *

Desde la ventana de su dormitorio, Sis Barnes veía desfilar a los turnos de trabajadores. Salían en grupos de diez, y formados en fila india bajo la custodia de dos o tres capataces, se encaminaban al cercano campo de aterrizaje donde un helicóptero los recogía para llevarles al tajo.

No pudo resistir la tentación de ver de cerca, una vez más, a Jess Martin. En Venus resultaba incómodo un atavío demasiado complicado, y por ello no tuvo casi que entretenerse.

Un minuto después de pensarlo estaba en la explanada, despertando la admiración de todos sus empleados, con su figura airosa y juvenil a la que el ceñido impermeable resaltaba en vez de disimular.

Llegó justamente a tiempo. En aquel instante salía Jess Martin, precedido por un hombre de corta estatura, vivaracho y de facciones en las que se retrataba el descaro, no carente de bondad. Detrás de Jess, un joven que aún no habría cumplido los veinte años, de apariencia tímida, al que empujaba desconsideradamente, como complaciéndose, un gigantón malencarado.

Sis no paró mientes en el resto del grupo, salvo para observar que Jan Bliss, el capataz—jefe, era quien lo mandaba. Aguardó a que pasaran por su lado para dirigirse a éste.

—¡Jan!

El hombre, que no había reparado en ella, se sobresaltó ligeramente.

—Buenos días, *miss* Barnes —alzó la mano en un vestigio de saludo militar, y quedó esperando a que ella explicara el motivo de su llamada.

—¿Hay mucha prisa?

—Depende, señora —sonrió, exhibiendo unos dientes lobunos—. Si se refiere al trabajo, desde luego. Pero pudiera ser que para usted tenga más importancia el que nos retrasemos.

—Necesito hablar un momento con ese hombre… el segundo. Ustedes continúen y espérenlo en el campo de aterrizaje.

—Está bien —volvió a elevar la mano, y dando media vuelta se encaró con Gab—. ¡Tú, ven acá! ¡La señorita quiere hablar contigo!

Gabbling Martin se hizo el desentendido aún sabiendo lo que le esperaba. La tralla voló, enrollándose con seco golpe en su cintura. Jan volvió a levantar el látigo, pensando que se le ofrecía una magnífica oportunidad para cumplir las instrucciones de Duval. A sus espaldas oyó el grito de Sis Barnes.

—¡No le pegue, Jan!

Pero no hizo caso. Por ello fue grande su sorpresa cuando la correa no siguió obediente la ruta que él le marcaba. Atónito se volvió.

Squirrel había atrapado al vuelo la punta del rebenque, y la sostenía en su mano, sonriendo. Pero la soltó en el acto al ver por el rabillo del ojo cómo otro de los guardianes enarbolaba contra él el temible instrumento. De un salto se puso fuera de su alcance.

—¡Quietos todos! —volvió a gritar la muchacha, saltando en medio del grupo—. ¡No quiero que en mi presencia se pegue a nadie! ¡El que lo haga puede considerarse despedido!

De momento pareció que no iban a hacerle mucho caso. Finalmente se apaciguaron un poco los ánimos y la cosa quedó en algunas miradas atravesadas que no pronosticaban nada bueno para sus destinatarios. El grupo reanudó la marcha, quedando Gab solo, en la misma posición que mantenía cuando recibió el latigazo de

Jan.

Jess estaba con los ojos bajos.

La muchacha se aproximó a él.

—¡Jess! ¿Por qué has de ser así? ¿Te complaces en hacerte golpear en mi presencia?

—No, señora —dijo él secamente—. A nadie le gusta probar el cuero.

—¡No me hables de esa forma! ¿No recuerdas ya..,? —se interrumpió, no encontrando palabras para lo que quería decir. Sin embargo él la entendió perfectamente.

—Fue usted la primera que lo olvidó, *miss* Barnes. Su amor duró lo que mi apariencia de honradez.

Ella pensó que el hombre tenía razón.

—¡Perdóname, Jess! ¡Si quieres, te lo suplicaré de rodillas!

—No es necesario, señora. Un criminal convicto no puede resentirse de que los amigos le vuelvan la espalda. Más aún si se trata de una persona que le pagaba un sueldo magnífico, a la que juró amar eternamente... tal vez porque tenía mucho dinero, y a quien, finalmente, robó confiando en su misma protección.

Sis retorcía sus manos angustiosamente, clavando los ojos en el ceñudo rostro del hombre que tan brutalmente le echaba en cara su comportamiento. ¡Y le estaba diciendo la verdad! Ella no había reflexionado ni un solo segundo; creyó en el acto, a pies juntillas, lo que se decía de él.

—¡Es cierto lo que dices, Jess, es cierto! ¡Pero yo estoy segura de que tú no has hecho nada de eso... que no me has engañado jamás! ¡Dime que es así!

Con las últimas palabras se precipitó hacia él, sacudiéndole de los brazos. Las lágrimas saltaban libremente de sus ojos, yendo a mezclarse con el agua de la lluvia que le corría rostro abajo.

Jess Martin no era de piedra. Comenzó a ablandarse.

—Tienes razón, Sis —inclinó la cabeza—. Yo no sabía que en el carguero iban el polizón y el titanio. Protesté de mi inocencia al principio, pero cuando pasaron los días y no hiciste nada por verme, me invadió la desesperación. ¡Nada me importaba ya! Y no me defendí más. Dejé que las cosas siguieran su curso y finalmente escogí el destierro en Venus, porque no hubiera soportado compartir el mismo planeta que tú, cuando quedara libre... al cabo

de muchos años. ¡Y has tenido que venir hasta aquí, a turbar la tranquilidad… o resignación, no sé, que estaba comenzando a disfrutar!

Ahora fue ella la que le echó en cara su proceder.

—Haces mal, Jess. Aunque fuera cierto, aunque estuvieses desamparado de todo el mundo, ¡eres un hombre! Y, como tal, debes luchar.

—¿Cómo? —preguntó él irónicamente—. ¿Crees que puedo acudir donde se me antoje y, con decir simplemente *yo no soy culpable,* me dejarían en libertad de regresar a la Tierra? Actualmente soy sólo un esclavo, aunque se le llame de otra forma a mi situación… ni siquiera puedo utilizar mi nombre, ni ningún otro, hasta que termine la condena. Y entonces quedaré en libertad para ir a donde quiera… con tal que no traspase esas nubes —miró hacia lo alto.

—¡Aún tengo amigos influyentes! —arguyó ella con fuego—. ¡Los movilizaré para que deroguen esa absurda legislación del destierro a perpetuidad en los planetas! ¡Y si no lo consigo, da lo mismo! Me vendré a vivir aquí también.

—No, Sis. Eso no es solución para ninguno de los dos. Me quedan muchos años de condena, y para entonces estaré acabado. ¡Te prohíbo que hagas eso!

—¡Te relevaré del trabajo en las minas! Tienes conocimientos para desempeñar otras tareas más importantes.

—Sabes que eso no es posible. Tus propios capataces te denunciarían por quebrantar el *status* de los forzados, que solamente pueden ser empleados en las tareas más rudas. Perderías la franquicia, y a mí me pasarían a otro amo. Ninguno de los dos ganaríamos con ello.

—¿Qué hemos de hacer, entonces? ¿Resignarnos?

—Eso mismo, Sis. Regresa a la Tierra, cásate y sé feliz. Mi destino ya está marcado.

—¡No lo haré, Jess! ¡Lucharé contra todo el mundo, contra ti mismo si es necesario, contra esa estúpida pasividad de que haces gala! ¡Vete!

—Sí, señora —se inclinó burlonamente, con intención de herirla, aunque él mismo sentía el corazón desgarrado. Pero no quería que ella se sumara a su triste sino, y la mejor forma era predisponerla

en contra suya.

No logró su propósito. Sis Barnes le conocía demasiado bien.

CAPÍTULO V

La propietaria de la *Metallurgy* pasó varias horas escribiendo cartas, dirigidas a casi todos los planetas del Sistema Solar habitados por seres humanos. Pulsaba los primeros resortes en busca de una solución a su problema sentimental, más importante para ella que el económico, con ser este muy grave.

Sis Barnes estaba al borde de la ruina.

Pese a que estaba segura de lo que iba a encontrar, echó un rápido vistazo a los libros de contabilidad de la factoría.

¡No podía estar más claro! Los gastos eran iguales a los de años anteriores. La producción, por tanto, debía ser la misma. Sin embargo no era así.

El titanio se volatilizaba misteriosamente y el poco que Sis lograba transformar en dinero contante y sonante no alcanzaba para mantener la empresa.

Se estaba comiendo, lentamente pero con seguridad, las reservas.

—No puede tratarse de una disminución de rendimiento en los trabajadores de las minas, ya que los capataces no permitirían semejante cosa. Nadie me ha dicho que las vetas hayan disminuido en riqueza. La factoría de transformación trabaja al mismo ritmo de siempre y… —echó una ojeada a uno de los libros— ¡sale de allí el mismo titanio de siempre! ¡Está claro que me roban en el camino desde la fundición a los almacenes!

Sis Barnes olvidaba muchas veces su condición de mujer, con las varias dificultades que ello llevaba consigo. En este momento se decidió a hacer algo que, de no tener éxito, podía costarle incluso la vida.

No se había detenido a pensar que estaba entre hombres, la mayoría criminales, que no sentirían escrúpulo alguno en hacerla desaparecer si se veían descubiertos.

Con su ágil paso de mujer joven y sana, se encaminó hacia los hangares donde se guardaban los helicópteros. De los de carga no debía haber ninguno, puesto que estarían todos empleados en el transporte, pero ella buscaba uno de los dos pequeños que se utilizaban para hacer viajes rápidos a Venustown.

En efecto, allí estaban.

Los dos mecánicos que atendían los aparatos, le tuvieron uno dispuesto en pocos instantes.

—¿Va muy lejos, señorita Barnes? —preguntó uno de ellos—. Se lo digo porque la provisión de combustible no basta para el viaje de ida y vuelta a Venustown. Tendrá que aprovisionarse nuevamente allí.

—No creo que sea necesario —sonrió ella—. Me dirijo a la factoría.

—¡Ah, bien! En ese caso le sobra. ¿Quién la acompaña, Fred o yo?

—Ninguno de los dos. Iré sola. Conozco bien el camino.

Un minuto después sobrevolaba la estrecha faja de mar que separaba la isla de la tierra firme. A sus pies, hasta donde alcanzaba la escasa visibilidad, se extendía una interminable alfombra de un verde mortecino: la impenetrable selva venusiana, habitada por una fauna variadísima, de la que apenas se había estudiado la décima parte de sus especies, en su mayoría anfibias.

Apenas hubo remontado el vuelo, Fred, el mecánico, se dirigió a la emisora de radio, que también estaba a su cargo.

Minutos después, en una longitud de onda apenas utilizada, mantenía una breve conversación con Jan Bliss.

.—Ha salido hace un momento hacia ahí.

—Gracias, Fred. Encontrará todo funcionando perfectamente.

El capataz quedó unos instantes pensativo, sin abandonar la silla del telegrafista. La muchacha no le había dicho nada de que tuviera intención de girar visita a la factoría. ¿Sospecharía de él?

—¡Bah! —pensó—. Deben ser figuraciones mías. No tiene ni idea de lo que ocurre y está dando palos de ciego.

—Perdona, Jan —sus pensamientos se vieron interrumpidos por una ligera presión en el hombro. El telegrafista le señalaba una lucecita roja que parpadeaba intermitentemente—. Alguien quiere comunicar con nosotros.

Bliss le cedió el asiento, y el hombre se colocó los auriculares, maniobrando rápidamente varias clavijas y conmutadores. La conversación fue muy breve y el capataz no atendió a lo que se decía, absorto en sus propias preocupaciones.

—Era Rude, Jan —le comunicó al terminar—. Un pajarraco de esos... un pterodáctilo, creo que ha dicho, ha tropezado con su rotor

delantero, destrozándolo por completo. El helicóptero ha caído como una piedra desde casi una milla de altura.

Jan se aproximó, profundamente sobresaltado.

—¿Rude, dices? ¿Dónde está?

—Colgado de un árbol con su paracaídas. Dice que no se atreve a bajar porque aquello está infestado de bichos de todos los tamaños —le tendió una hoja de papel—. Aquí tienes su situación exacta.

—¿Y el helicóptero? ¿Qué ha sido de él?

—Supongo, aunque no me lo ha dicho, que estará totalmente destrozado. Con semejante caída…

—Pero la carga…

—No sé nada. Y si piensas salir en su ayuda, yo te aconsejaría que lo hicieses rápidamente. No debe ser muy agradable eso de estar balanceándose varias horas colgado de unos tirantes, temiendo, si se rompen, ir a caer directamente en las fauces de una lagartija de esas que andan por ahí.

—Tienes razón. Salgo en seguida —y uniendo la acción a la palabra, partió a escape.

Un piloto de helicóptero, amigo suyo, pasaba en aquel momento por allí, y estuvo a punto de derribarle en su precipitación.

—¡Ten cuidado, Jan! ¿Se quema la casa? —preguntó con sorna. Pocas cosas habían en Venus más difíciles que un incendio.

—¡Prepárame un helicóptero y tráelo a la boca de la mina! ¡Hemos de salir inmediatamente en auxilio de Rude!

—¿A la mina? ¡Pero eso está prohibido!

—¡Al diablo las prohibiciones! ¡Esto es un caso de emergencia!

Y sin esperar más, continuó corriendo.

El piloto hubiera querido preguntarle, qué es lo que le pasaba a su compañero; pero viendo que el otro se perdía ya en la distancia, optó por ahorrar oxígeno en sus pulmones. Durante el viaje sabría lo ocurrido.

Jan Bliss, Ches y dos capataces más, armados hasta los dientes, como si fueran a una expedición de caza, esperaban en el lugar indicado. Con ellos, un grupo de forzados, entre los que se contaban Jess Martin, Squirrel, Chris y Bud, el que se encontraba enfermo el día en que arribaron.

Fue cuestión de segundos el que los trabajadores y dos de los

capataces subieran al compartimento de carga, mientras los otros dos lo hacían con el piloto, teniendo buen cuidado de quedarse con ellos las armas de todos.

El helicóptero emprendió el vuelo con toda la potencia de sus motores gemelos.

Las luces estaban encendidas en consideración a los capataces, y los hombres podían verse las caras. Sin embargo la falta de abertura alguna al exterior les impedía tener una idea, ni siquiera aproximada, de la dirección que seguían.

—¿Qué pasará? —preguntó Chris Havoc, asustado como siempre, y por ello incapaz de mantenerse en silencio pese a los golpes que recibía por hablar en presencia de los guardianes. Nadie le respondió.

Los capataces eran los únicos que, manteniendo la mirada sobre los demás, conversaban en susurros en un rincón. Pero ninguno de los forzados lograba percibir sus palabras.

Pasaron varias horas. Algunos hombres se habían tumbado en el suelo, tratando de dormitar aprovechando la ocasión.

Los capataces se permitían el lujo de fumar un cigarrillo, medio amodorrados.

—Parece como si fuéramos al mismo sitio que la otra vez —siseó Chris al oído de Squirrel.

Este asintió.

—Es posible —una mirada hacia los guardianes le permitió observar que no se ocupaban de ellos—. Nunca hemos volado tanto rato.

Como si sus palabras hubieran sido un conjuro, el helicóptero dio un bandazo que arrojó a unos contra otros, e inmediatamente sintieron la angustiosa sensación de caída, indicio de un rápido descenso.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los capataces, mirando sobresaltado a su alrededor.

—Nada —respondió el otro—. Que ya hemos llegado.

Un pequeño ventanillo se abrió en la puerta delantera. El desagradable rostro de Jan Bliss asomó por allí.

—¡Tú, Gab, que eres el más fuerte! ¡Ven acá!

El joven obedeció, pasando por la estrecha portezuela que comunicaba con la cabina del piloto, y que se cerró inmediatamente

tras de él.

El helicóptero estaba inmóvil, a pocas yardas por encima de los árboles.

—¡Baja! —ordenó Jan, indicándole una escala de cuerda.

Martin se asomó, viendo un voluminoso objeto blanco extendido sobre las ramas, debajo mismo de ellos. Un paracaídas.

Suponiendo lo que querían que hiciera, comenzó el descenso hasta llegar al extremo de la escala. Luego miró hacia arriba.

Jan estaba asomado, mirándole.

—¡No puedo bajar más! —gritó—. Y no alcanzo.

Vio cómo el capataz se colocaba la mano detrás de la oreja, con intención de oírle mejor, pero el violento huracán desencadenado por los rotores dispersaba el sonido.

Volvió hacia arriba, haciendo señas desesperadamente. Finalmente el otro pareció comprender lo que deseaba, pues con un ademán le indicó que esperase, desapareciendo a continuación en el interior de la carlinga.

Otra escala bajó junto a la primera. Una vez la hubo empalmado, terminaron de soltarla, y él prosiguió el descenso.

Llegó a las primeras ramas. Pese a que el helicóptero parecía estar inmóvil, no era así, ya que lo mismo subía que bajaba dos o tres yardas, o se iba hacia un lado u otro.

Varias veces estuvo a punto de golpearse contra algún tronco, pero impávido continuó el descenso.

Un nuevo peligro se sumaba a los anteriores mientras él iba deslizándose. Si la escala se enganchaba con algún tronco lo bastante grueso, era seguro que aquellos movimientos del helicóptero acabarían por romperla, y él entonces se vería precipitado hacia el abismo de verdor. Y el suelo, estaba seguro de ello, no distaría menos de cien pies, o quizá doscientos.

Era la muerte segura.

Finalmente alcanzó la figura que colgaba de los tirantes del paracaídas. Conocía a este piloto: era Rude, el que les trajera en el misterioso viaje al pie de las montañas.

Tenía un brazo roto, seguramente de algún golpe, y en la mano sana sostenía un aparato de radio portátil, con el que pidiera auxilio. Al verle, sufrió la reacción propia de quien ha sostenido durante varias horas una extrema tensión nerviosa: perdió el

sentido.

Gab sujetó el transmisor a tiempo para evitar que cayera. Era una diminuta caja, poco mayor que un paquete de cigarrillos, y cabía holgadamente en el bolsillo de sus *shorts*. Luego ató bajo los hombros del piloto una cuerda que llevaba al efecto, y que sujetó después a un peldaño de la escala.

Aún tuvo que entretenerse en desabrochar él arnés del paracaídas, ya que no disponía de un cuchillo con que cortar los tirantes.

Dejando colgado a Rude, Gab emprendió la ascensión, sosteniendo el cabo de la cuerda. Cada cuatro o cinco peldaños trababa sus piernas para dejar las manos libres y subía a Rude hasta su altura.

Era una tarea pesada, ya que debía evitar a la vez el quedar colgando cabeza abajo, lo que hubiera significado una caída mortal para ambos. El esfuerzo, bajo el húmedo y sofocante calor de la selva venusiana, era exageradamente desproporcionado a la tarea que realizaba, y cuando finalmente se vio con su carga por encima del espeso ramaje, estaba totalmente bañado en sudor.

El helicóptero se elevó apenas le vieron emerger, y pocas yardas más arriba ya actuaba sobre él el refrescante ventilador de los rotores. Pocos momentos más tarde, depositaba al desvanecido Rude a los pies de Jan, quien, sin una palabra, le señaló la puerta del compartimento de carga.

Agotado, se dejó caer en un rincón. Tenía el cuerpo cubierto de rasguños, y sus compañeros creyeron que la sangre procedía de golpes de látigo. Pero uno de los capataces, que había salido mientras él realizaba su arriesgada maniobra, se sentó a su lado en gesto inverosímil, ya que los de su clase jamás confraternizaban ni remotamente con los forzados.

—¿Le has subido? —preguntó. Y cuando Jess hubo inclinado la cabeza afirmativamente, agregó en un susurro— Rude es mi amigo, y te voy a dar un consejo: ¡guárdate de Jan! Tiene órdenes de matarte.

Y sin hacer caso de la mirada de asombro que le dirigía Gab, se reunió con su compañero.

Nuevamente el aparato descendió. Esta vez hasta posarse en el suelo a juzgar por el cese de la trepidación de los rotores. La puerta

de salida se abrió, apareciendo Jan y Ches enmarcados en ella.

—¡Bajad de prisa! ¡Hay mucho que hacer!

Los dos capataces, con los fusiles preparados como si temieran que de pronto fuera a saltar algún enemigo sobre ellos, abrieron la marcha. Así era en realidad ya que aquellos alrededores estaban plagados de bestias feroces, formidables lagartos gigantescos, muy semejantes a los que poblaron la Tierra en el período jurásico.

El piloto que les llevara hasta allí y Rude, permanecieron en el helicóptero.

A cosa de doscientas yardas, en medio de una maraña de ramas rotas, se encontraban los restos del helicóptero de Rude. Estaba totalmente destrozado y cubierto de sangre y porciones del titánico reptil volador, causante de su caída.

—¡Abrid la puerta! —ordenó Jan, temeroso de hacerlo por sí mismo. El espectáculo del compartimento de carga no debía de ser muy agradable.

En efecto, luego de no pocos esfuerzos consiguieron abrirse paso. Con un grito de horror, Chris se echó atrás, derribando a Squirrel que le seguía.

—¡No! —más que una palabra era un alarido—. ¡No me hagáis entrar ahí!

Era una verdadera carnicería. Los cuerpos de los seis forzados que iban en su interior habían sido machacados por los lingotes de titanio, hasta quedar convertidos en una masa informe, repugnante, que provocaba náuseas aún en aquellos hombres embrutecidos.

Chris, el primero que contemplara el repulsivo escenario, se había dejado caer en tierra, y con el cuerpo convertido en un ovillo, sollozaba. Tenía los ojos fuertemente cerrados, como si después de haber visto *aquello* no tuviera intención de abrirlos más.

Normalmente uno de los capataces hubiera puesto término a su actitud con un par de buenos zurriagazos, pero estaban todos tan impresionados que ninguno hizo caso al muchacho, permitiéndole que se tranquilizara poco a poco.

Fue Jan, quien habiéndose colocado prudentemente de los últimos, no tuvo ocasión de ver perfectamente el interior del helicóptero, reaccionando el primero, aunque débilmente.

—Empezad a sacar los lingotes. La lluvia los limpiará y luego los trasladaremos a nuestro aparato.

Pareció como si hablara a una reunión de sordos. Nadie le hizo el menor caso, ni aún sus propios hombres.

—¿No me habéis oído? —gritó algo más fuerte. Sin embargo su voz no era la acostumbrada en Jan Bliss.

—Yo no entro ahí — aseguró Bud.

—Ni yo tampoco —se le sumó otro.

—Conmigo no cuentes, Jan. Puedes matarme ya si quieres — hasta el normalmente dócil Squirrel, siempre con ganas de broma, se sumaba a la rebelión.

—Hay que hacerlo, muchachos, ¿No lo comprendéis? —Jan continuaba hablando desmayadamente, casi en tono suplicatorio.

—Entra tú primero, Jan —propuso Gab Martin, que en apariencia era el único en mantener el dominio de sí mismo—. Los demás te seguiremos.

Jan se vio acorralado. En otra ocasión había resuelto la situación a golpes de látigo… o incluso a tiros. Pero estaba tan afectado por lo que acababa de vislumbrar, que no reaccionó según era normal en él.

—Recoged a éste —ordenó, señalando al joven Havoc, agitado convulsivamente por los sollozos—. Luego volveremos.

No sabía exactamente qué iba a hacer para obligar a los hombres, pero confiaba al menos en recuperar la tranquilidad para mostrarse tan duro como de costumbre.

Gab cargó en brazos con el muchacho, y emprendieron el regreso hacia donde estaba el helicóptero y sus dos pilotos.

Llegados al claro se encontraron con otra sorpresa que, si bien no tan desagradable como la que dejaban atrás, tuvo la virtud de hacerles olvidar momentáneamente el horror de los trabajadores aplastados.

Junto al suyo había otro helicóptero más pequeño, y Sis Barnes se dirigía hacia los pilotos, que estaban bajando de la carlinga para salirle al encuentro.

—¡Maldición! —barbotó Jan—. ¿De dónde ha salido?

Ella les vio casi al mismo tiempo, pues cambiando de ruta, caminó hacia ellos.

—¿Qué ha ocurrido, Jan? —preguntó, deteniéndose ante el capataz.

—Nada… —contemporizó éste, pensando furiosamente la forma

de salir lo mejor librado posible del apuro.

—¿Llama usted *nada* a la pérdida de un aparato de carga?

—Es que… verá usted, señorita Barnes —optó por contarle la verdad de lo ocurrido… en parte. Así quizá ella no se atrevería a inspeccionar los restos—. En el helicóptero viajaban varios hombres y están totalmente destrozados. No creo conveniente que vaya usted a verlo.

—Ya me lo pensaré. Lo que quiero que me diga usted es qué hacía uno de nuestros helicópteros tan alejado de sus rutas normales. ¿Qué llevaban en él… aparte de esos hombres que, según usted, han muerto? ¿Quiénes eran esos hombres?

—Pues… verá. Yo… —había sido tan repentino el tiroteo de preguntas, que Jan balbuceaba, incapaz de encontrar una excusa plausible.

—¡No trate de mentirme, Jan! Yo le diré lo que ha ocurrido. ¡Ese helicóptero transportaba un cargamento de titanio del que últimamente ha estado desapareciendo en grandes cantidades! ¡Niéguelo si se atreve!

Paseó la vista por los demás hombres del grupo, hasta detenerse en el maltrecho Gab, que depositaba suavemente en el suelo a Chris Havoc. Instantáneamente olvidó la discusión con el capataz.

—¡Jess! ¿Qué te ha ocurrido? —corrió hacia él—. ¿Te han azotado otra vez?

—No, Sis, no es nada de eso. Se trata de simples rasguños sin importancia.

—¡Atiza! —se sobresaltó Squirrel, mirándole aún con mayor respeto del que le había guardado hasta ahora—. ¡No sabía que fueras amigo del ama!

Jan, aprovechando que, al menos de momento, había dejado de ser objeto de atención por parte de la joven, se escurrió hacia el piloto que les trajera hasta allí. Hablaron breves instantes y el hombre asintió con un movimiento de cabeza, penetrando en el helicóptero de Sis.

El familiar ruido del motor al ponerse en marcha, les hizo volver la atención a los aparatos. Vance, sentado a los mandos, manipulaba rápidamente en ellos, y de pronto comenzó a elevarse lentamente. Entonces saltó al suelo, dejando que la máquina continuara su vuelo guiada por el piloto automático.

—¿Qué ha hecho usted? —gritó Sis Barnes, corriendo hasta donde Vance comenzaba a incorporarse luego de su salto. Jan le cerró el paso.

—Eliminar toda huella de que usted haya estado aquí. El helicóptero se estrellará en esas montañas de ahí detrás... y usted... —pese a ser un hombre duro, no acababa de gustarle su propio plan —. Bueno, se quedará en este sitio hasta que mandemos a recogerla más tarde.

La chica palideció intensamente, adivinando que ese *más tarde* estaba separado del momento actual por toda la eternidad. Jan no tenía intención alguna de permitirle regresar viva.

Era un peligro para los que le estaban robando el titanio y resultaba preferible deshacerse de ella.

—Para que no se sienta tan sola, le dejaré a su... amigo —al hablar señalaba a Gab Martin, que comenzaba a adelantarse hacia él—. Dígale que se quede donde está o tendrá como compañía a un cadáver.

Su rifle de gran calibre apuntaba directamente al pecho de Martin.

Pero entonces intervino un tercer factor con el que nadie contaba.

CAPÍTULO VI

—No me gusta eso que piensas hacer. Jan.

Era el capataz que se había dicho amigo de Rude, el piloto a quien Gab había salvado la vida un rato antes.

Jan se volvió violentamente.

—¿Y a ti qué te importa esto, Len?

—Nada, pero una cosa es matar a alguien, y otra dejarle aquí abandonado, para que se muera de hambre o lo devoren las fieras.

—¡Pues quédate con ellos a defenderlos! —rió salvajemente Bliss. Y su dedo oprimió el gatillo una sola vez.

Len estaba muerto antes de llegar al suelo.

—¡Vámonos, muchachos! —gritó el capataz. Sus secuaces le siguieron apresuradamente, e instantes después el helicóptero desaparecía sobre las copas de los árboles. Todos los forzados se habían quedado allí, a compartir la suerte de Sis Barnes y Gab Martin.

—No quieren testigos —murmuró Squirrel.

—¿Qué hacemos ahora, Jess? —Sis Barnes se aferró a los hombros de Gab en demanda de protección—. ¿Cómo saldremos de aquí?

—Algún medio habrá —repuso él, paseando la vista en derredor. A cinco yardas de distancia, a sus espaldas, comenzaba la espesa selva. Estaban rodeados por todas partes de un impenetrable muro de verdor.

Un hombretón casi desconocido para Gab se les aproximó.

—Ahora no están los capataces. Por tanto somos todo lo libres que podemos serlo aquí. ¿Quién va a dirigirnos?

—¡Voto por Gab! —propuso Squirrel inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó el otro de mal talante—. Yo no estoy de acuerdo.

—Preferirías que te nombráramos a ti. ¿No es eso, Baldy?

—Pues... francamente, sí.

—No veo que tú tengas más méritos que cualquier otro.

—Tengo estos, Squirrel —y exhibió sus poderosos bíceps. Gab Martin no dijo nada y el hombrecillo se retiró ligeramente asustado. Aquel bestia de Baldy era capaz de reducirlo a picadillo de un solo golpe.

—Yo no estoy de acuerdo con usted, Baldy —afirmó Chris Havoc apoyando su vacilante figura en un tronco—. Mi elección es para Gab.

—Y la mía —Bud se sumó sin vacilar a los contrarios de Baldy.

—Somos cuatro contra tres —anunció Gab, terciando finalmente en la discusión—. Corno veréis yo no he pedido a nadie la jefatura de esta partida, pero alguien ha de coordinar lo que hagamos, si queremos tener alguna probabilidad de salir con vida de aquí.

—¡Tendrás que discutir conmigo esa elección, Gab! —Baldy no se resignaba tan fácilmente a perder el mando que ya consideraba como suyo. Y avanzó con los puños cerrados, en belicosa actitud.

Sis Barnes se interpuso entre ambos.

—¡No consiento peleas entre ustedes! ¡Además, la lucha no sería equilibrada! ¡Gab está herido!

Baldy se amansó con sospechosa rapidez.

—Está bien —dijo, volviéndose. Sus compañeros quedaron ligeramente desencantados—. Sí es cosa de la mayoría...

Y se aproximó a Gab con la mano extendida en amistoso ademán. Éste comenzó a hablar de nuevo, esbozando su opinión.

—Es posible que no resulte tan difícil salir de aquí como habrá creído Jan. Tenemos algunas... ¡uf!

Y doblándose bajo el seco impacto de un traidor puñetazo de Baldy cuando él creía que le iba a estrechar la mano, se desplomó hacia atrás. Su cabeza golpeó con ruido sordo contra una gruesa raíz que sobresalía del suelo, y quedó inmóvil.

Baldy, con una satánica sonrisa en sus labios, comenzó a patearle furiosamente.

—¡Así aprenderás quién es el amo aquí, imbécil!

—¡No le pegue más, bestia! ¡Lo va a matar! —gritó Sis, abalanzándose sobre el traidor. Pero éste se la sacudió, como lo hace un perro con el agua que le ha caído encima, y la muchacha salió despedida.

Ninguno de los amigos de Gab era lo bastante corpulento para soñar en medir sus fuerzas con el hercúleo Baldy. Apenados, miraban cómo su compañero recibía una lluvia de puntapiés en la espalda, las piernas, la cabeza...

—¡Déjele ya, Baldy! —volvió a gritar Sis desde el sudo—. ¡Déjelo, o le mataré!

Una fuerte risotada fue la respuesta que obtuvo; pero antes de que Baldy tuviera tiempo de volverse a mirarla, sonó un fuerte estampido y el gigante giró sobre sí mismo con un grito de dolor.

Sis Barnes empuñaba el fusil del difunto Len, que Jan Bliss, con las prisas, habla olvidado.

—¡Márchense de aquí! ¡Los tres! —ordenó la muchacha, haciendo girar el cañón del arma. Todos se echaron atrás atemorizados, plenamente convencidos de que cualquier movimiento sospechoso desataría sobre ellos un huracán de muerte.

Baldy fue el último en ser tragado por la maleza. Con la mano izquierda se oprimía el hombro derecho, malamente herido por el proyectil.

Sis entregó el riñe a Squirrel, arrodillándose junto a Gab. Estaba sin sentido y cubierto de sangre y suciedad dé pies a cabeza, pero afortunadamente no parecía estar malherido.

A poco abría los ojos.

—¿Estoy ya en el cielo? —preguntó al ver sobre sí el doliente rostro de la muchacha.

Ella sonrió, con lágrimas que le corrían por la cara, mezcladas con la fina llovizna.

—No te muevas, Jess. Descansa.

—Parece como si me hubiera caído encima un edificio— giro los ojos en derredor, buscando a su enemigo—. ¿Dónde está Baldy?

—Lo despachó ella, muchacho —Squirrel ofreció la explicación —. ¡Hizo lo que no nos atrevíamos nadie!

—¿Lo has matado? —preguntó él, tratando de incorporarse. El rifle en manos de Squirrel decía muchas cosas.

—No. Solamente les ha hecho salir de aquí. Eran un peligro para todos nosotros.

—¡Pero eso reduce mucho nuestras posibilidades! ¡Cuanto más numeroso el grupo, nos hubiera sido más fácil defendernos!

—Con ellos no cuenta eso. Ha sido lo mejor, muchacho. Yo, al menos, no hubiera dormido tranquilo temiendo despertar con las zarpas de ese gorila de Baldy alrededor de mi garganta.

—Tal vez haya sido mejor —tuvo que reconocer finalmente—. Ahora lo que interesa es alejarnos de aquí cuanto antes. Pueden regresar con ánimo de apoderarse de esa arma, e incluso puede volver Jan con órdenes de matarnos a todos.

—¿Órdenes? —Sis estaba extrañada—. ¿De quién?

—De quien está detrás de todos estos robos de titanio. Jan no creo que sea el que dirige la cosa.

—¿Podrás andar? —Squirrel no estaba seguro de que, luego de la paliza, Gab pudiera tenerse en pie. Pero se equivocaba. Aunque el cuerpo le dolía por todas partes, convirtiendo cada paso en un verdadero martirio, fue el primero en emprender la marcha. Sis por un lado y Squirrel por el otro, le ayudaban, pese a que él trataba de rechazarles.

Los demás, Chris y Bud, seguían detrás de ellos.

Caminaron varias horas, tratando siempre de alejarse lo más posible del calvero y de la dirección seguida por Baldy y los suyos. Finalmente Gab tuvo que reconocer que no podía dar un paso más.

—Descansaremos aquí mismo.

Estaban al pie de un gigantesco árbol cuyo tronco mediría más de diez yardas de diámetro. A poca altura sobre el suelo sus ramas formaban una amplia bifurcación.

—Será conveniente que subamos ahí arriba. No estaremos más protegidos del agua, pero nuestra posición será mucho mejor contra las fieras.

Todo el tiempo había sonado a su alrededor un formidable concierto de gritos y berridos, señal indudable de que por los alrededores pululaban los gigantescos reptiles carniceros de que estaba plagada la selva. Afortunadamente habían podido evitar el encuentro con cualquiera de ellos hasta el momento.

Ya acomodados, Squirrel se hizo cargo voluntariamente de la primera guardia. Chris Havoc se arrastró junto a Gab.

—Señor Gab. Antes ha dicho usted que no sería tan difícil salir de aquí. ¿Es que tiene alguna idea de cómo podemos hacerlo?

—La tenía, muchacho —sonrió—. Ahora ya no sé si nos podrá servir para algo.

Y sacó del bolsillo el pequeño aparato transmisor que guardó cuando había salvado a Rude. La caja estaba rota por varios lugares.

—Ese elefante de Baldy nos ha echado a perder la posibilidad de pedir auxilio. ¿Alguno de vosotros entiende algo de estos cacharros?

—Yo. Aunque no mucho... —Chris tomó el aparato, tendiéndolo a Bud, que era quien había hablado. Con él en las manos se acomodó lo mejor que le fue posible, procediendo a abrir la caja.

Al cabo de un rato regresó junto a los otros. Movía la cabeza con pesimismo.

—Está destrozado por completo. Se ve que detuvo uno de los puntapiés de Baldy. No obstante, quizá…

—¿Quizá… qué? —preguntó ansiosamente Sis—. ¿Cree que podrá arreglarlo?

—No aseguro nada, pero podría ser que, al menos el receptor, pueda hacerlo funcionar. Sin embargo, hay tantas conexiones rotas que no sé…

—Bien. Al menos tendremos música —murmuró Squirrel humorísticamente.

—Pues empieza tú a darnos un poco de baile, Squirrel —ordenó Gab—. Lo haría yo, pero no creo que pudiera.

—¿Qué he de hacer?

—Supongo que serás buen alpinista, ¿no?

—No lo hay mejor en el mundo. Me llamaban el hombre—mosca en mi juventud. Una vez…

—Ya nos lo contarás. Ahora entrega el rifle a Chris y sube todo lo alto que puedas por este árbol. Jan dijo que el helicóptero de la señorita Barnes se estrellaría contra unas montañas, que no deben estar demasiado lejos de aquí.

—¿Y para qué quieres que las vea?

—Para saber dónde están. Dentro de poco llegará la noche de quince días. No creo nos queden más allá de cuarenta o cincuenta horas de luz. Hemos de procurar alcanzarlas para entonces, porque donde hay montañas suelen haber cuevas, y una de ellas nos vendrá muy bien para resguardarnos hasta que vuelva la luz.

—¡Allá voy, pues! —un simio hubiera admirado la agilidad de Squirrel, quien, haciendo honor a su apodo, se perdió por las alturas en cuestión de segundos. Los demás aguardaron, escuchando los mil ruidos a su alrededor.

Bud, forzando la vista al máximo en la casi total penumbra, trabajaba incansable en el transmisor.

—Sí tuviéramos la suerte de encontrar alguna caverna que nos sirviese —comentaba Gab—, evitaríamos con ello los infinitos peligros de la larga oscuridad en un ambiente tan hostil como éste. Además, que así no será tan fácil que se pierda alguno de nosotros.

—Debe ser casi imposible caminar por la noche.

—Sin *casi*. El espeso celaje de nubes impide el paso de la luz de las estrellas. Ni siquiera hay una Luna que pudiera enviarnos un tenue resplandor. Los que se ven obligados a pasar una *noche* fuera de poblado buscan el lugar más a propósito y no se mueven hasta que vuelve la claridad; únicamente los aparatos voladores pueden seguir cumpliendo su misión, y por eso en las minas y fábricas no se interrumpe el trabajo; pero todo se ha de hacer con luz artificial.

—Algo sabía ya de eso —sonrió Sis—. Recuerda que llevo varios años haciendo visitas a Venus. Y más de una vez he tenido que pasar *noches*. Sin embargo nunca me ocurrió en plena selva, sin posibilidad de regresar a un lugar civilizado.

—Pues ya no podrás decir...

Se interrumpió bruscamente, haciendo seña a Chris y Bud para que guardaran silencio.

Casi debajo mismo de ellos sonó un fuerte crujir de ramas rotas por el peso de alguna gigantesca mole. Sordos golpes indicaban el caminar de enormes garras sobre el esponjoso suelo, en el que seguramente producirían depresiones de dos o tres palmos de profundidad.

Estaban francamente atemorizados, y su terror subió de punto cuando los pasos se detuvieron al pie del árbol que les cobijaba. Gab echó una mirada hacia abajo, y lo que vio no fue seguramente muy agradable, porque inmediatamente hizo una seña imperiosa a Chris para que le entregara el rifle.

Con el arma empuñada firmemente, volvió a asomarse... y casi fue empujado por un objeto de forma ovalada, grande como un rinoceronte, que ascendía en aquel momento hasta su altura. La parte inferior se abrió hacia abajo como una trapa, dejando ver unos dientes en forma de sierra, pero del tamaño de sables y tan agudos como éstos.

Gab retrocedió cuanto le fue posible, al tiempo que a sus espaldas sonaba el agudo chillido de terror que lanzaba Sis al ver la enorme cabeza de color verde oscuro y los cuatro malignos ojos negros, que parecían mirarles golosamente.

Una larga lengua verde azotó el aire delante de ellos.

El animal parecía sentir más curiosidad que irritación contra ellos, pues estuvo un buen momento contemplándoles sin hacer gesto agresivo alguno, permitiéndoles que le examinaran a placer.

Los cuatro ojos estaban situados a ambos lados de la cabeza, formando dos pares, y la bestia debía experimentar cierta dificultad en dirigir la mirada al frente, porque ladeaba la cabeza ligeramente. Dos agujeros, por los que un hombre hubiera podido introducir cómodamente un brazo, situados sobre el hocico, debían corresponder a las narices porque de ellos escapaba un vapor fétido que provocaba náuseas. En el centro de la cabeza, a la altura de los ojos, poseía dos cuernos, largos y rectos, que se proyectaban paralelamente hacia adelante y ligeramente arriba; otro par de astas salían hacia los lados, un poco más atrás.

—Posiblemente no alcance hasta aquí —dedujo Gab—. Los cuernos laterales no caben por la abertura entre las ramas.

Poco le duró esta seguridad, sin embargo. La cabeza ascendió un par de yardas más, seguida de un cuello relativamente corto, y una garra de un tamaño fenomenal asomó apoyándose en la gruesa cruz del árbol.

Gab consideró que estaban perdidos. La garra hizo presión para elevar más el gigantesco cuerpo y otra mano apareció en su campo visual, tratando de introducirse por encima de su hermana, con la obvia intención de atrapar a alguno de aquellos diminutos seres.

Martin hizo fuego hacia el interior de las entreabiertas fauces. No esperaba hacer otra cosa que cosquillas a la bestia, pero no debió ser así, ya que ésta soltó un berrido que hizo temblar el árbol, y la cabeza se echó violentamente hacia atrás.

Pese al descomunal tamaño de la cabeza, el animal debía ser bastante estúpido, y sus reflejos lentísimos, ya que no ataco inmediatamente. O tal vez el dolor que sentía le había impuesto un cierto respeto.

—¡Subid más arriba! —oyeron la voz de Squirrel, que les llamaba—. ¡Por este lado es bastante fácil!

Todos, menos Gab, miraron sobre sus cabezas, buscando al hombrecillo. Estaba sentado en la bifurcación de dos ramas a unas veinte yardas más arriba, y señalaba el lugar más a propósito para intentar la subida.

Mientras los otros desfilaban hacia las ramas superiores, valiéndose de las plantas trepadoras adosadas al tronco, Gab se enfrentaba solo al apocalíptico monstruo que miraba hacia arriba en busca del causante de la llamada, ladeando la cabeza como lo

hiciera antes.

Gab aprovechó la nueva ocasión que se le presentaba, y el rifle hizo dos disparos en rápida sucesión. Los ojos del lado izquierdo desaparecieron, siendo sustituidos por sendos chorros de sangre que salpicaron todo alrededor.

Ahora la bestia estaba enloquecida de dolor. Sus formidables garras hicieron presa en el tronco, excavando profundos surcos en la madera, y trató de izarse. Gab disparó de nuevo, aprovechando un instante en que la boca presentó un buen blanco.

El animal pareció quedar paralizado por la nueva herida, y poco a poco fue deslizándose hacia abajo hasta quedar fuera de la vista del terrestre. Luego empezó a dar formidables saltos en todas direcciones, amenazando con desgajar los árboles circundantes.

Eran las convulsiones de la muerte.

—Aquí no es tan fácil que nos alcance un bichito de esos, Gab —llamó Squirrel—. Ahora bajo a ayudarte.

El hombrecillo no olvidaba que Martin era quien más agotado debía estar de todos ellos.

Algo semejante a una rama del grueso del cuerpo de un hombre golpeó a un palmo escaso de la cabeza de Gab, quien no esperó más para emprender la ascensión por su cuenta. El animalito estaba convirtiendo los alrededores en una verdadera ruina y se hacía peligroso permanecer allí.

Cuando finalmente, ayudado por Squirrel, alcanzó el nuevo refugio, pudo ver con más facilidad al animal que había matado. Era algo indescriptible. Debía medir, por lo menos, cincuenta yardas desde la cabeza a la punta de la cola. Tenía tres formidables pares de patas, lo que le permitía erguir su comparativamente delgado cuerpo y andar con las cuatro extremidades posteriores, mientras que con el par libre alcanzaba alturas que de otro modo hubieran estado fuera de su radio de acción.

—¿Qué has visto desde arriba? —preguntó Gab, dirigiéndose a Squirrel.

—Lo que tú esperabas —contestó—. Éste árbol es mas alto que los que le rodean y me ha permitido una buena panorámica. Los montes parecen estar relativamente cerca, aunque ya sabes lo que engañan las distancias. Sin embargo, creo no equivocarme en mucho si aventuro la suposición de unas cinco o seis millas.

—Estupendo. Vamos a descansar ahora… si podemos. Hay que salir de aquí cuanto antes.

Pero no pudieron descansar. A poco apareció al pie del árbol un reptil de un tamaño ridículo si sé le comparaba con el que yacía muerto allí mismo. No debía ser mucho mayor que un caballo.

En silencio se inclinó sobre el blanco abdomen del cadáver y desgarró la piel ele un bocado. Luego hundió las fauces en la brecha abierta y comenzó a comer. Sis apartó la vista con repugnancia.

Poco a poco fueron apareciendo otros seres iguales, hasta que finalmente cubrieron por completo al monstruoso animal. Cuando uno de ellos quedaba harto, desaparecía en la selva para ser sustituido por varios más. Y todo ello en silencio.

Cuando varias horas más tarde se retiró el último de ellos, no quedaba sino un largo esqueleto completamente mondo.

—En este barrio hay un buen servicio de basureros, por lo que veo —bromeó Squirrel.

—Ya tenía ganas de que se marcharan —dijo Gab—. Nosotros, detrás de ellos. Tú guías, Squirrel.

Convencidos de que cualquier ruido que produjeran podría atraer sobre ellos una catástrofe en forma de gigantesco carnívoro, caminaron en silencio. Gab, junto a Squirrel, empuñaba el rifle que tan buen servicio le prestara. Detrás iban la muchacha, Chris y Bud, este ultimo cuidando amorosamente de que ninguna rama baja golpeara el bolsillo de su pantalón, donde guardaba el precioso aparato de radio que pensaba reparar.

CAPÍTULO VII

—¡Eres un estúpido, Jan! ¡Debiste matarlos a todos!

—Deben estar muertos ya a estas horas... casi seguro, señor Duval. Los dejé allí porque comprendía que a usted no le interesaban testigos una vez que la señorita Barnes estaba al corriente de lo que ocurría, pero no me decidí a matarlos por si usted pensaba otra cosa...

—Pues ya ves que no lo pienso. Sin embargo quiero tener la absoluta seguridad de que están todos muertos. Por tanto vas a tomar todos los helicópteros y llevarás allí los hombres que sean necesarios para localizarlos. Tráeme sus cadáveres... en especial el de la Barnes y ese Martin.

—¡Pero no podemos tomar los aparatos! Se paralizaría el trabajo y los administradores se darían cuenta de que algo raro ocurre. Además, no dispongo más que de una docena de hombres de confianza entre los capataces de aquí y los fijos de la mina.

—De los administradores no te preocupes. En cuanto a los hombres, en Venustown encontrarás los necesarios. Ofrece buenos premios.

—Está bien. Pero no podremos buscarlos ahora. Dentro de cuarenta horas será completamente de noche.

—Montáis campamentos por allí. Con micrófonos sensibles buscad el sonido de sus voces, ya que en la noche los animales duermen todos. Únicamente los terrestres tenemos que despertarnos para buscar alimento. Con un poco de suerte podéis localizarlos con mayor facilidad.

—Así lo haremos, pues. Y en cuanto haya suficiente luz ya los tendremos rodeados.

—¡Ah! Se me olvidaba. Es posible que la policía se presente por allí también, aunque no estoy demasiado seguro de que busque su ayuda. No preocuparos. Si van es porque tendrán órdenes muy severas y tirarán a matar en cuanto divisen a los *fugitivos*.

—Le tendré al corriente por medio de mensajeros.

—Conforme. Tal vez yo os haga una visita para ver cómo van las cosas sobre el terreno.

* * *

—Hemos tenido lo que se llama una suerte loca —afirmó Squirrel.

No podía negarlo nadie. Habían llegado al término de la selva solamente para dar ante un muro pétreo de varios miles de pies, totalmente imposible de escalar. Allí el acantilado formaba una especie de entrante, y siguiéndolo habían ido a parar a un estrecho desfiladero por el que continuaba el bosque, pero a la entrada, como puesta adrede para cobijar un centinela, había una caverna.

—Ha sido una verdadera casualidad el que la encontráramos —observó Chris—. Los árboles casi cubren la entrada.

Dudaron unos instantes, todos con el mismo pensamiento. Sis Barnes expresó en alta voz los temores del grupo.

—¿No habrá algún animal ahí escondido?

—No lo creo —repuso Gab—. Sin embargo es posible que tengamos visitas cuando llegue la oscuridad.

Decididamente asomó la cabeza por la estrecha abertura que apenas permitía el paso de una persona.

—No se ve nada —y desapareció en el interior.

Al cabo de pocos minutos estaba otra vez con ellos.

—Sin novedad. La casa nos espera —y ya se disponían a entrar en el agujero cuando vieron sobresaltados cómo Gab se echaba el rifle a la cara, haciendo fuego seguidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bud con aprensión. No veían nada raro en el lugar a donde Gab dirigiera el tiro.

—Ocurre que, si no he fallado, ya tenemos cena. ¿Pensabais ayunar los quince días que vamos a pasar aquí dentro?

—¡Pues es verdad! —Squirrel y Chris corrieron un corto trecho antes de tropezar con un feo reptil de gran tamaño y pequeña cabeza. Sin embargo no era demasiado voluminoso como para que entre los dos hombres no pudieran transportarlo con algún esfuerzo.

—¿Crees que será comestible? —preguntó Sis, no muy segura de que ella pudiera saborear un filete de aquel asqueroso animal.

—Mira sus dientes. No es carnívoro. Lo vi mordisqueando una rama y aproveché la ocasión que me brindaba —dijo Gab, tomando la ridícula cabecita en sus manos, y exhibiendo la dentadura, inútil a todas luces para desgarrar una presa.

—¿Y cómo nos las vamos a arreglar para encender fuego?

Porque no creo que pretendas que nos comamos la carne cruda...

—Tienes toda la razón, Chris, aunque me parecería preferible eso que no comer nada. Me parece que no nos será demasiado difícil hacer acopio de ramas y hierbas muertas, que con unos días en la cueva se secarán lo suficiente para arder.

—Pero no llevamos cerillas ni nada semejante... y con la leña húmeda ni siquiera podemos recurrir al procedimiento de frotar dos ramas.

—Problema solucionado. ¡Ojalá todo fuera tan sencillo como eso! Mira —y tomando dos piedras de agudos bordes las golpeó entre sí, haciendo saltar una chispa—. Pedernal. Con la pólvora de un par de cartuchos y una poca de hierba empapada con grasa del amigo que tenemos para menú... que supongo la tendrá en abundancia, se puede hasta improvisar antorchas para que no estemos a oscuras. Estas piedras servirán, además, como unos cuchillos bastante pasables.

—¡Vamos a pasarlo en grande, muchacho! —Squirrel palmeó sin demasiada suavidad las espaldas de Chris—. Sólo falta que el amigo Bud nos arregle la radio para poder considerarnos en plena civilización.

—Difícil lo veo —manifestó éste—. Aunque no imposible. Haré lo que pueda.

* * *

—¡Atención, muchachos! —la alborozada voz de Bud congregó a su alrededor a todos los habitantes de la cueva—. ¡Vamos a realizar la prueba final! Si falla, ya podernos tirar el trasto este.

Llevaban el equivalente de tres días terrestres en la más completa oscuridad. Un trozo de piel del reptil cazado por Gab hacía las veces de cortina para impedir que la luz del reducido aposento trascendiera al exterior, lo que quizá llamaría la atención de algún carnívoro trasnochador. Con otro pedazo habían improvisado un pequeño apartado para que Sis Barnes gozara de cierto aislamiento. Las antorchas sugeridas por Gab dieron un resultado óptimo, ya que ardían muy lentamente y casi sin humo; la grasa no les faltaría mientras durase la oscuridad.

Bud dio vuelta a un pequeño botón, y todas las cabezas se

inclinaron ansiosamente. Silencio.

—¿Qué…?

—Calma, Squirrel. He hecho unas conexiones algo raras y hay que esperar a que se caliente.

Por fin una débil voz se dejó oír. Todos contuvieron el aliento para no perder ni una sola palabra.

«—…y según la declaración del propio capataz, Jan Bliss, la señorita Barnes se puso de parte del forzado que acababa de asesinar a Len, impidiendo que se le detuviera. Para ello hizo uso de una pistola que llevaba sobre sí…»

—¿Qué significa todo eso? —preguntó indignado Chris.

—¡Cállate! —gritaron varias voces.

«—…del otro testigo, que aunque no estuvo presente, ha podido aportar datos interesantísimos para aclarar el asuntó. Se trata de *míster* Melwin Duval, quien ha manifestado que el rebelde causante del asesinato es un antiguo novio de la señorita Barnes, quien cumple una condena por contrabando y transporte clandestino de polizones…»

—¡Canalla! —Sis no pudo contenerse ante la prueba de la traición de Duval—. ¡Y se decía mi amigo!

Las noticias eran cada vez peores.

«—El propio *mister* Duval ha ofrecido voluntariamente sus cuantiosos medios para proceder a la captura de los tránsfugas. Como nuestros oyentes recordaran, el señor Duval se ha adjudicado esta mañana, en pública subasta, todas las concesiones y bienes de la *Metallurgy Improvement Limited*, de los que había sido desposeída su antigua propietaria en cumplimiento de lo que prescribe la Ley para en el caso de quebrantamiento del *Estatuto de Desterrados*. Naturalmente, sin perjuicio de la responsabilidad criminal que tendrá que afrontar por la misma causa, cuando sea capturada. Todo el personal apto, del perteneciente a la plantilla de la *Metallurgy,* saldrá mañana a la busca de los ocho criminales, y dentro de breves días se les unirá un grupo de voluntarios de la *Venusian*. Mientras la oscuridad limite sus movimientos tomarán posiciones a fin de emprender la caza tan pronto vuelva la luz. Y esto es todo por ahora. Buenas tardes, señores.»

—¡Nos persiguen como si fuésemos fieras! —sollozó Chris—. ¡Y, aunque no lo ha dicho, es seguro que tendrán órdenes de matarnos

apenas nos echen la vista encima!

—¿Pues qué te creías, mocito? —se burló Squirrel—. ¿Que vendrían a ofrecerte caramelos?

—Ya lo sé, Squirrel. Y no pienso en mí. ¡Pero la señorita Barnes no ha hecho nada malo!

—Ha hecho dos cosas qué son imperdonables —Gab hablaba tranquilamente, según su costumbre—. Mejor dicho, tres. Cualquiera de ellas es bastante para que no la perdonen jamás. Podéis tener la seguridad de que, si nos encuentran, no nos dejarán salir vivos, para que jamás se sepa la verdad de lo ocurrido.

—Pero… ¿qué he hecho yo, Jess?

—Has cometido tres delitos, como decía. El primero, por orden cronológico: ser propietaria de la *Metallurgy* que ambicionaba Duval para ser el único dueño del comercio y la industria venusianos…

—¡Pero aun poseyendo la *Metallurgy*, él no es el dueño de la empresa más importante: la *Venusian*! Hasta hace pocos días no tenía absolutamente nada que ver con ella,

—Por eso ordenó el asesinato de su propio padre. Teniendo más del cincuenta por ciento de las acciones es prácticamente el amo de la Sociedad. Los demás socios solamente se preocupan de cobrar dividendos.

—¡No creo que haya recurrido a esos medios que tú dices, Jess! ¡Es demasiado monstruoso!

—A las pruebas me remito. ¡Observa lo pronto que ha dispuesto de ti! Y no me negarás que estaba de acuerdo con Jan, que era la mano que te estaba arruinando… en provecho, seguramente, del propio Duval.

—Has dicho el primero de mis delitos. ¿Y los demás?

—Segundo: enamorarte de mí. Eso suponía un doble *handicap* contra Duval, ya que le cerraba el camino para casarse contigo y ponía a un hombre frente a sus manejos para desposeerte por otros medios. Fue una obra de arte mi eliminación, no lo negarás.

—¿Y el tercero?

—El más grave. Con los otros aún podía contemporizar, ya que tenía tiempo. Pero tú lograste pruebas de que te robaban el titanio y averiguaste quienes lo hacían. Además, con unas ligeras investigaciones podías incluso descubrir que el helicóptero, cuando se desplomó, estaba en las cercanías del lugar donde lo

descargaban…

—¿Cómo sabes eso?

—Porque yo he formado parte de una expedición. Y estas montañas en que nos encontramos estaban a la vista del lugar donde fue depositada la carga. Squirrel y Chris también venían.

Los otros asintieron.

—¡Estamos perdidos! —murmuró Sis abatidamente.

Nadie le contestó. ¿Para qué? Había expresado el pensamiento de todos ellos.

* * *

Gab Martin estaba preocupado. Tenía motivos para ello.

No solamente se trataba del oscuro porvenir de todos ellos, acosados como fieras. Había otros asuntos más urgentes ya que aquel estaba aún a seis días fecha, cuando comenzaría el lento amanecer venusiano.

Se trataba de la comida.

No habían teñido en cuenta que, en un ambiente tan bochornoso, apenas mitigado por la falta de calor del sol durante varios días, la carne del animal que matara no resistiría sin descomponerse. Sus compañeros no sabían nada aún, pero él ya había notado un desagradable olor en la *despensa*, signo evidente de que a la próxima comida tendrían que conformarse con agua… lo único que tenían en abundancia.

¡Una semana sin comer!

Salió hasta la boca de la caverna. Los demás dormían, ajenos a la tragedia que se cernía sobre ellos.

Llevaba el receptor de radio y se dispuso a escucharlo, bajando el volumen al mínimo para no molestar a los durmientes. Había sido una gran ayuda para ellos, ya que con él escuchaban las conversaciones de sus perseguidores. Y aún lo sería más cuando tuvieran que salir al aire libre.

Escuchó durante una hora, y al término de la interesante emisión, sus facciones se habían endurecido aún más. ¡Estaban cercados!

Precipitadamente regresó junto a sus compañeros, despertándolos uno por uno al tiempo que les recomendaba

silencio.

—Nos tienen casi localizados —dijo en la voz más baja posible cuando los tuvo a todos reunidos, con las cabezas casi en contacto —. Utilizan micrófonos ultrasensibles, capaces de captar una voz humana a cinco millas en el casi total silencio que hay ahora en la selva. No saben exactamente nuestra situación, pero no creo que tarden mucho en conocerla.

—Pero si estamos callados no nos oirán —sugirió Squirrel—. Todo consiste en guardar silencio.

—Y en no comer, muchachos: Quedan seis días de silencio y ayuno —y les explicó lo que pasaba con la carne—. Hemos de marcharnos inmediatamente, ya que en pocas horas el olor se nos hará insoportable y no podemos llevarla muy lejos sin peligro de perdernos. Dejándola cerca será lo mismo que tenerla aquí dentro.

—Pues vámonos cuanto antes.

Rápidamente improvisaron unas cuerdas cortando la piel del reptil en largas tiras, que se ataron a la cintura. Con ello evitarían el perderse, empalmando las unas con otras.

—¡Si tuviéramos una buena tormenta! —pidió Squirrel—. Los relámpagos nos darían algo de luz para orientarnos.

Corno si su ruego hubiera sido escuchado, oyeron a lo lejos el sordo retumbar del trueno.

* * *

—¡Se acabó, muchachos! Los tenemos encima —Gab levantó el brazo con intención de estrellar el pequeño receptor contra una roca cercana, pero se contuvo a tiempo. Aquel gesto de desesperación no conduciría a nada práctico, y mientras tuvieran vida habría esperanza. Tal vez se produjera un milagro que les permitiera la huida, y el pequeño estuche podría continuar prestando buenos servicios.

Hacía varias horas que una ligera claridad comenzaba a dibujarse en la lejanía. Agotados completamente, no tenían fuerzas para moverse de donde estaban: un callejón sin otra salida que un pedazo de selva infestado de hombres adictos a Duval.

—Debajo de este saliente no pueden vernos —susurró Chris. El muchacho había adquirido maneras de hombre curtido, que se

traslucían pese a la debilidad que apenas le permitía moverse—. Tendrán que venir los hombres a buscarnos y defenderemos nuestras vidas. Alguno quedará ahí tendido.

—Callaos. Cada palabra puede ser una ayuda para ellos.

Los otros sabían que estaban allí, con una diferencia de unos centenares de yardas a un lado u otro. Y se acercaban lentamente, implacables, seguros de que la presa no podía escapárseles.

Gab, el de mejor puntería del grupo, era el encargado de utilizar las municiones, no muy abundantes, con el único riñe.

Alzó el arma, seguro de que, de un momento a otro, aparecería el enemigo. La luz ya permitía ver a cierta distancia.

¡Bang!

Él inesperado disparo resonó como un cañonazo. Un hombre que acababa de salir de la espesura quedó tendido de bruces en el suelo.

—¡Uno! —contó Squirrel, entusiasmado.

Un clamor de voces se escuchó delante de ellos. Nadie había estado mirando hacia allí y no habían podido localizar el fogonazo. Pero ya tenían una idea más exacta de la situación de los fugitivos.

Gab tiró de nuevo, obligando a esconderse a otro perseguidor.

Y comenzaron a llover proyectiles sobre el reducto, obligando a los no beligerantes a ocultarse más aún. Sis se desprendió de la mano de Squirrel que quería arrastrarla hasta el fondo, para protegerla con su propio cuerpo; pero ella no lo consintió, prefiriendo permanecer junto a Gab Martin, que mantenía la mirada fija en la espesura, aguardando...

—¡Mira, Jess! ¡Un helicóptero!

El hombre alzó la mirada.

—Y parece que viene hacia nosotros... Me parece que sé con qué intenciones. Lo lamento, Sis, porque es tuyo. Pero voy a intentar derribarlo.

Tornó puntería cuidadosamente, desdeñando al hombre que, arrodillado en la cabina, esperaba estar más cerca para batirles con su rifle desde tan ventajosa posición. Al muchacho le interesaba más el piloto.

Cuando oprimió el gatillo tenía la casi absoluta seguridad de que no erraría. No pudo verlo a causa de la distancia, pero un pequeño orificio se produjo en el panel frontero de plástico transparente, y casi simultáneamente soñó un golpe sordo contra el desnudo pecho

del piloto, quien cayó sobre los mandos.

El helicóptero dio una vuelta completa en el aire, despidiendo al francotirador, que cayó en el vacío con un horrible grito de terror. Segundos después, la máquina se estrellaba con formidable estruendo.

—¡Tres! —aulló Squirrel. Y se arriesgó a dar un salto de alegría, quedando al descubierto durante una fracción de segundo.

Cayó en posición distinta a la que pretendía, mirándose incrédulamente el rasguño que tenía en un brazo.

—No es nada grave, se lo aseguro, señorita Barnes —en efecto, apenas se trataba de otra cosa que una rozadura, pero la muchacha insistió en comprobarlo. En tanto el incorregible Squirrel preguntaba—: ¿Esto es un tanto a favor de esos gorilas, Gab? ¿O seguimos tres a cero?

Gab sonrió, sin contestar. Otro enemigo dio un grito y se llevó las manos a la cabeza, cayendo de espaldas.

La lucha se hacía cada vez más encarnizada. Los atacantes se iban desplegando, y aunque no podían situarse a la espalda de los sitiados, ya que un alto risco lo impedía, el desenlace final no podía ser más que uno: el aniquilamiento de los fugitivos.

Sis Barnes regresó junto a Gab, atisbando por encima del peñasco que les servía de parapeto.

—Son muchos, Jess, ¿no hay forma de eludirlos?

—No la veo. Estamos totalmente rodeados, sin apenas fuerzas para movernos. Únicamente un milagro puede salvarnos.

Hizo dos o tres disparos espaciados, tratando de economizar las cargas.

—Ni siquiera nos quedan municiones para mucho rato —había amargura en su voz. La amargura del que no puede defenderse, a pesar de sus deseos.

Ella no habló en un buen rato. Gab la miró, extrañado.

La muchacha estaba como abstraída, la cabeza inclinada, como si lo que ocurría a su alrededor no le importase. Por fin levantó los ojos hacia él.

Murmuró:

—Jess... Vamos a morir... Esta gente no tendrá piedad de nosotros, ya que vivos seríamos una eterna amenaza para ellos. ¿Por qué no hemos de comportarnos con franqueza en estos últimos

instantes de nuestra existencia?

—¿Qué quieres decir? —por unos momentos olvidó a los hombres que se estaban aproximando, ansiosos de arrebatarles la vida.

—Tú lo sabes bien, Jess —sus manitas se apoyaron en el pecho del hombre—. No ignoras que he venido a Venus, que me encuentro en esta situación por ti...

—Lo siento más de lo que puedes imaginar, chiquilla. Pero recuerda que yo no te llamé— la interrumpió, quizás con cierta brutalidad.

—No te reprocho nada... querido. Ni me arrepiento. La mayor felicidad que puedo pedir es precisamente la de morir a tu lado, ya que...

—¿Qué...?

—Ya que no puedo vivir junto a ti, Jess... Pero no creo que cuando me pediste que me apartara fuese porque ya no me amabas. ¿Verdad que no, Jess?

—No. Tienes razón. Podré haber sentido el que te alejases de mí cuando más necesitado estaba de amigos... de alguien que confiase en mi inocencia. Pero todo está olvidado ahora, Sis... Y yo te sigo queriendo como antes. Quizá más, porque lo mereces. Me lo has demostrado.

—¿No será una tentativa de endulzar mis últimos momentos de vida, Jess?

—No. Es la verdad. Y, si se hace el milagro, podrás comprobarlo...

Se interrumpió, con la mirada fija en la espesura de la selva. Uno de los enemigos estaba casi encima de ellos y Gab no le hizo caso alguno.

—¿Qué ocurre, Jess? —preguntó Sis con extrañeza.

No obtuvo respuesta. Intrigada, se asomó... y tuvo que morderse los labios para no gritar aterrada. Con los ojos enormemente abiertos, siguió con la vista el nuevo horror que se les venía encima.

Abajo de la ligera pendiente que les separaba de los hombres de Duval, uno de ellos lanzó un escalofriante alarido de pánico infinito...

CAPÍTULO VIII

Seguramente el estruendo de los disparos había llamado la atención de los monstruosos habitantes de las cercanías, hambrientos hasta lo inverosímil luego del prolongado ayuno de la reciente noche. Fuera ésta u otra la causa, allí estaban en mayor número del que hasta entonces les había sido posible ver.

Eran seis formidables lagartos, de ágiles movimientos a causa de su reducido tamaño, algo mayor que el de un león terrestre, los que se lanzaron a un ataque devastador. El primero en verlos, que lanzara aquel aullido aterrorizado, se encontró de pronto oprimido contra el suelo por el peso de una de aquellas bestias, y al cabo de un segundo estaba siendo literalmente descuartizado por los formidables colmillos.

La desbandada se hizo general. Únicamente los acosados fugitivos optaron por no moverse, pensando que, mientras permanecieran allí, tenían una probabilidad, aunque remota, de pasar desapercibidos.

No ocurrió así. Ciertamente que aquellas fieras se sumergieron en la espesura, persiguiendo encarnizadamente a su presa. Sólo permaneció allí uno, devorando con tranquilidad al desgraciado que fuera el primero en caer, mientras su vista no se apartaba de otro que, malherido, se agitaba débilmente en un desesperado esfuerzo por huir.

Pero los reptiles voladores también buscaban su parte en el festín. Eran bestias cobardes en su mayoría, incapaces de atacar a un ser vivo, salvo que les pareciera demasiado insignificante para ofrecer seria resistencia. Y la carroña les atraía irresistiblemente.

Como buitres, descendieron verticalmente desde las alturas, yendo cada cual a posarse sobre un cadáver. Muchos otros trataron de disputar la presa a sus compañeros, entablándose encarnizadas peleas entre ellos, mientras otros planeaban por los alrededores, esperando que un descuido les permitiera alcanzar alguna migaja.

Y uno de ellos vio a Gab Martin.

Calculando que un ser que se esconde no puede ser enemigo de consideración, el pterodáctilo se lanzó recto como una flecha sobre el peñasco. Pese a su cobardía, estaba dotado de armas formidables ante las que un hombre estaba poco menos que indefenso. Gab se

dejó caer cuan largo era, arrastrando consigo a Sis Barnes.

El choque fue imponente, y todo el suelo tembló. Una horrible cabeza, alargada en forma de pico, con cuatro filas de dientes en sierra, capaces de mellar el acero, oteó con sus ojillos miopes en busca de aquel bicho que había desaparecido cuando le consideraba seguro candidato a desayuno.

Tendido en el suelo, en posición forzada, Gab Martin accionó el gatillo de su carabina, produciendo un estruendo ensordecedor; a aquella distancia, casi en contacto el cañón del arma con el cuello de la fiera, resultaba imposible errar. Con las vértebras destrozadas, el fantástico animal revoloteó pendiente abajo, agitándose únicamente por causa de la tremenda vitalidad de que estaba dotado.

—¡No os mováis! —susurró Gab a sus compañeros, viendo que pretendían asomarse imitándole a él.

El lagarto terrestre, presintiendo en el disparo la posibilidad de un peligro, o quizá simplemente picado por la curiosidad ante aquel ruido extraño, había abandonado su banquete, y con su alargada cabeza de lagartija, oteando cuan alto le permitía el cuello, avanzaba con paso suave hasta donde el pterodáctilo se estremecía en las últimas convulsiones. Los otros pajarracos, lanzando gritos de alarma, levantaron el vuelo en busca de lugares donde se pudiera comer con mayor tranquilidad.

Luego de hocicar en las membranosas alas, ensayando un bocado de prueba, llegó a la conclusión de que aquella carne correosa no era apta para su delicado paladar. Sin prisas, como si ante él tuviera todo el tiempo necesario, prosiguió la marcha, ascendiendo hacia donde Gab espiaba todos sus movimientos.

Por un momento había creído que su meta era el pterodáctilo muerto.

Dispuesto a no permitirle acercarse hasta una distancia que resultara peligrosa, preparó el rifle, y cuando estuvo seguro de no fallar, oprimió el gatillo.

Como esperaba, la piel del lomo de la bestia era demasiado gruesa para que una bala penetrara profundamente en ella. Pero no dejaba de hacer daño. El animal volvió la cabeza con violencia, tratando de morder a aquel molesto insecto de plomo. Por un segundo quedó al descubierto la delgada epidermis de la garganta...

Gab aprovechó instantáneamente la ocasión, y dos nuevos proyectiles encontraron su blanco. Esta vez con mortales efectos.

De momento podían descansar.

—¿Está la costa despejada? —preguntó Squirrel desde el fondo de la pequeña cavidad donde estaban todos apretujados.

—Eso parece. Ven aquí —Squirrel obedeció.

—¡Vaya escabechina que hay ahí abajo, muchacho! —susurró. Los demás se apretujaron detrás de ellos, pero Sis no pudo resistirlo, regresando. Estaba mortalmente pálida.

Gab entregó el rifle a Squirrel.

—Cúbreme las espaldas por si ocurriera algo. Yo voy abajo a ver si hay algo aprovechable.

—¡No vayas, Jess! —suplicó Sis Barnes, tratando de retenerle por un brazo—. Pueden volver esas bestias...

—Por eso dejo a Squirrel para que me proteja. De todas formas no estaremos mucho peor que ahora...

—Yo iré, señor Gab —ofreció el joven Chris—. No tengo a nadie que pueda llorar mi pérdida y...

—¡Tú te quedarás aquí! ¡Si no puedes ni tenerte de pie!

Y era verdad. El muchacho, poco fuerte por naturaleza, estaba al borde de la extenuación.

Gab saltó al otro lado de la peña, y con los ojos y oídos bien abiertos, avanzó hacia el helicóptero.

Ni un solo movimiento acusaba la presencia de enemigos.

El aparato estaba literalmente convertido en chatarra. Gab tuvo que agotar sus escasas fuerzas para abrirse camino entre las ruinas, y cuando finalmente alcanzó el interior, fue preciso que se proporcionara un descanso antes de proseguir la búsqueda de lo que le interesaba: el botiquín.

Una vez comprobado que en la pequeña caja no faltaba nada del equipo, regresó junto a sus compañeros. Pero antes dio un pequeño rodeo para desposeer de las armas a unos cuantos destrozados cadáveres.

—Así cambia algo nuestra posición —aseguró, al tiempo que distribuía los rifles—. ¡Y ahora, el banquete! No es muy sabroso, que digamos, pero sí más efectivo que unos buenos filetes de dinosaurio.

Y extrayendo del botiquín varios tubos de comprimidos, dio uno

a cada uno de sus compañeros.

Squirrel contempló con aire de duda la dosis de vitaminas concentradas que reposaba en la palma de su mano.

—¡Qué lástima! —dijo con acento quejumbroso— Yo no puedo comer esto.

—¿Por qué? —preguntó Sis con extrañeza—. ¿Es alérgico?

—¡Oh, no! Nada de eso. Pero ocurre que de pequeño mis papás me inculcaron que no debe comerse sin hacer uso de cuchillo y tenedor...

Un coro de risas acogió la salida del pequeñajo.

—Pese al mal rato que nos han hecho pasar, debemos dar gracias a esos animalitos por habernos librado de la gentuza de Duval. ¡Ahora, lo que nos interesa es salir de aquí rápidamente, antes de que caiga sobre nosotros algún otro grupo de esos individuos! Duval no tendría a estos solos, seguro.

—¡Es cierto! —reconoció Bud—. No le hemos visto a él ni a ninguno de esos fulanos que conocemos: Jan, Ches y compañía.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Squirrel.

—Pues... —Gab dudó solamente un segundo. La responsabilidad era mucha, pero había bien poco que elegir— yo creo que ahora nos conviene la selva. Estamos armados y no será demasiado difícil que podamos defendernos allí. Los ruidos de los animales que la pueblan enmascararán los que podamos hacer nosotros, ahora que ya hay luz. Y allí no podrán vernos desde el aire.

—¡Pues marchando, que se hace tarde! —y Squirrel, que pronunciara estas palabras, fue el primero en encaminar sus pasos hacia la muralla verde que comenzaba a poca distancia de donde estaban... para detenerse en seco y regresar hasta el grupo.

—¡A tierra todo el mundo! —susurró—. He visto algo moviéndose por ahí delante.

—Algún otro animal comedor de carroña —dijo despectivamente Bud. Se sentía más fuerte estando armado—. Aquí la hay en abund...

Un disparo se encargó de desmentirle. Todos pudieron oír el siniestro chasquido del proyectil al penetrar en sus carnes, y no esperaron más para seguir el prudente consejo de Squirrel.

Bud quedó tendido de bruces, los brazos en cruz y el rostro hundido en el barro que cubría todo el planeta.

—¡Bud! ¡Bud! —llamó Chris—. ¿Me oye? —y como no obtuviera respuesta, ocultó el rostro entre las manos—. ¡Lo han matado! ¡Malditos!

El primer encuentro de uno del grupo con la muerte, que les acechaba desde tiempo atrás, hizo por el muchacho más que todos los peligros y penalidades. Tuvo la virtud de terminar con el chiquillo pusilánime que aún latía en él, Cuando, momentos más tarde, asomó en busca del criminal enemigo que había asesinado a Bud, su expresión no auguraba nada bueno para quien se pusiera delante de su rifle. Ya no lloraba, ni lo haría jamás en adelante.

Squirrel no sentía ahora ningún deseo de bromear, y con los músculos en tensión oteaba los alrededores.

Sis fue la primera en disparar, pero su puntería no debió ser demasiado buena, porque solamente consiguió obligar a un hombre a que buscara mejor refugio. Una nutrida salva fue la respuesta que obtuvo.

La batalla comenzó a generalizarse. Los proyectiles se estrellaban con escalofriante chasquido contra el saliente que se proyectaba por encima de sus cabezas. Pequeñas esquirlas saltaban en todas direcciones, y alguna de ellas llegó a hacer brotar sangre al cortar la piel de alguno de los cercados.

Los recién llegados no esperaban seguramente encontrar a su presa tan bien armada, porque no parecían demasiado ansiosos por lanzarse a un ataque cuerpo a cuerpo. Sin embargo tenían todas las ventajas de su lado.

Eran muchos más. A juzgar por lo frecuente de su fuego debían por lo menos triplicar en número a Gab y los suyos. Y siempre les quedaba la probabilidad de rendir por hambre a los cercados, e incluso pedir refuerzos.

Éstos, en cambio, como les ocurriera antes, no tenían otra alternativa que esperar la muerte, llevándose por delante a unos cuantos de sus enemigos.

Chris Havoc lanzó una exclamación. De un rápido vistazo Gab pudo ver que una bala perdida, luego de rebotar en el peñasco que tenían a su espalda, le había atravesado la pierna.

—Trata de curarle, Sis —ordenó—. En el botiquín que he traído hay desinfectantes y vendas.

La muchacha se arrastró, obedeciendo. Durante cinco minutos

permaneció arrodillada junio al muchacho, haciendo por él cuanto podía. Luego regresó junto a Martin.

—Se ha desmayado, Jess. Es grave. Creo que tiene fracturado el fémur.

Gab lanzó una maldición en voz baja.

* * *

Thorne Besser, recientemente ascendido al cargo de hombre de confianza de Mel Duval, honores que compartía con Jan Bliss, muy a disgusto de éste, se arrastró hasta quedar tendido junto al millonario.

En sus manos humeaba un rifle.

—¿Qué ocurre, Thorne?

—Dispense, patrón. Pero pienso si no sería mejor conseguir que esos de ahí se rindieran cuanto antes, en vez de esperar a que les alcancemos por casualidad o se mueran de hambre.

La mirada que Duval le dirigió hizo que Thorne temiera por su privilegiada situación, ganada a fuerza de discurrir artimañas y golpes estratégicos. Uno de sus más sonados méritos había sido la captura, con relativa facilidad, de Baldy y sus compañeros, gracias al empleo del sistema de altavoces ultrasensibles sugerido por él mismo, y que llevó a la localización del grupo de Sis Barnes y Gab Martin. Pocos golpes más como estos y Jan Bliss quedaría reducido a un cómplice de tercera categoría.

—Sabes muy bien que vivos no me interesan, Thorne. Ya me has planteado la papeleta de que hacer con la cuadrilla de Baldy. No puedo guardarles prisioneros toda la vida, ni tampoco consentir que regresen a hablar de lo que han visto y oído.

—¡Deje eso de mi cuenta, señor Duval! Ya le expliqué lo ocurrido. Yo no llevaba armas ni tenía autoridad sobre los muchachos. A ellos les repugnaba disparar a sangre fría contra unos hombres indefensos, heridos y medio muertos de hambre… —su tono era burlón al añadir— ¡Me parece que Jan le ha elegido unos hombres muy blandengues! ¡Si hubiera tenido yo un rifle allí…! Pero de todas formas no debe preocuparse: ya le he dicho que yo me encargo de discurrir algo para que no le molesten más.

—Está bien. ¡Explícame tu idea de ahora!

—¿Mi idea...? ¡Ah, sí! —sonrió, como disculpándose—. Verá: esos de ahí arriba están cercados sin posibilidad de escapatoria. Pero su posición es fuerte... tienen armas en abundancia, y no sería demasiado suponer que también disponen de alimentos. Recuerde que ya le pararon los pies al grupo que llegó antes que nosotros, derribándoles incluso un helicóptero...

—No puedes achacarles todo el mérito a ellos, Thorne —protestó Duval, molesto por lo que él consideraba alabanzas al grupo de Gab—. Fueron esos lagartos del demonio...

—Pero después que ésos habían tumbado panza arriba a varios —le interrumpió Thorne con notoria irrespetuosidad. Y al ver que sacaba un paquete de tabaco, pidió descaradamente—. ¿Me da uno, por favor?... Gracias... De todas formas —continuó— no vamos a ponernos a discutir por eso ahora. El hecho cierto, que nadie puede negar, es que salvo que se produzca un milagro, tenernos para varias horas de lucha antes de acabar con ellos.

—Sí. Eso es cierto... ¿pero qué...?

—¿Y aún pregunta? Usted sabe perfectamente que la policía tiene mucho interés en hacerse con ellos. Suponga que se enteran de que los tenemos aquí. ¡Inmediatamente acudirán a *ayudarnos*... y nos habrán hecho la pascua! Porque a la policía *esos* se entregarán inmediatamente, no lo dude.

Duval recapacitó unos momentos. No se le había ocurrido esta posibilidad. Sin embargo aún resistió en su posición.

—¿Cómo se iba a enterar la policía? Nosotros no se lo vamos a decir. Sería mucha casualidad que pasaran precisamente por aquí cerca para oír los tiros...

—Es muy posible que ya lo sepan, patrón. ¿Cómo se enteró usted de que los tenían localizados aquí?

—¡Hombre, pues...! ¡Es verdad! —giró la vista en derredor, como si temiera ver surgir de entre los árboles las uniformadas siluetas de la Policía Territorial Venusiana. En su atolondramiento levantó demasiado la cabeza, y un proyectil zumbó peligrosamente cerca de su oído. Se aplastó contra el suelo, atemorizado—. ¡La radio!

Aguardó unos instantes, mientras reflexionaba a toda velocidad. Las ideas luminosas, de que tan orgulloso se mostraba a veces, parecían haber huido de el para siempre.

—¿Qué sugieres? —preguntó por fin.

—De momento, convencer a esos de que, si se entregan por las buenas, les llevaremos a Venustown para ser juzgados.

—No creo que muerdan el anzuelo...

—Yo opino lo contrario... si me deja usted actuar por mi cuenta.

—¿Cuál es tu idea?

—Por lo pronto... que usted, Jan y todos los demás a quienes ellos conocen como *empleados* suyos, se mantengan apartados de esto en tanto yo hablo con ellos y les convenzo. Una vez les tengamos desarmados, no hay inconveniente en que aparezcan ustedes.

Duval no daba con otra solución más viable que la propuesta por Besser. A regañadientes, maldiciéndose en su fuero interno porque aquel desarrapado le estaba quitando toda iniciativa, cedió.

—Arréglatelas como puedas, Thorne. Nosotros nos retiramos. Si continúa el tiroteo por mucho rato, entenderé que no has podido hacer nada y vendré en tu ayuda. De lo contrario, traes a los prisioneros hasta donde tenemos los helicópteros.

—Está bien, jefe. Hasta luego. Yo mismo avisaré a Jan y los otros.

* * *

Jess Martin veía con desesperación cómo el joven Chris sufría valientemente el horrible dolor de su pierna. La herida no era mortal de necesidad, aunque sí grave. La intervención de un médico podía dejar en nada el peligro, pero un retraso de algunas horas quizá supusiera la necesidad de amputar la pierna. Y más tiempo aún... la muerte para el muchacho.

Le tenía a su lado, con el rifle entre las manos, apretando los dientes para dominar el sufrimiento. Dos veces se había desmayado, pero apenas recuperaba el sentido volvía a disparar con mortal puntería, con una feroz determinación que le hacía temible. Gab se preguntaba dónde estaría aquél muchachito insignificante, miedoso, crédulo, que un día desembarcó en Venus con él para ir a engrosar la legión de los forzados.

Se volvió hacía Squirrel, diciéndole en voz baja:

—Vamos a ofrecerles la rendición.

—¿Cóoomo? —le miró como si le creyera loco—. ¡Sabes bien que nos *escabecharán* apenas nos tengan a su merced!

—Quizá sí... quizá no. Todo será una especie de apuesta entre anticipar por unas horas, tal vez menos, la muerte, y una probabilidad de vivir. Yo pienso en Chris. Si no recibe asistencia pronto, está perdido.

—Creo que tienes razón. Pero quizá pudiéramos... —se interrumpió, haciendo un gesto de alerta, Chris les miraba fijamente.

—¿Están hablando de mí, verdad? —sonrió con dureza—. Si piensan en rendirse para que me curen la pierna, les advierto que al primero que asome con una bandera blanca le salto los sesos.

—Pues ya puedes empezar, muchacho —Squirrel señaló hacia la espesura que tenían enfrente—. Parece que tienen algo que decirnos.

Sobre un matorral había aparecido un trapo mugriento, que su propietario pretendía pasar por blanco, atado al cañón de un riñe. El que lo llevaba lo agitó en el aire unos instantes para hacerlo notar.

—¡No disparéis! —ordenó Gab—. Veamos qué es lo que quieren.

Y él mismo se puso de pie, como dando a entender que aceptaba parlamentar.

El hombre de la bandera le imitó: era Thorne Besser.

—¡Acércate! —gritó.

—Te oigo bien desde aquí, Thorne. Sin embargo, sal de ahí y nos partiremos la distancia, si no quieres hablar a gritos.

Ambos empezaron a caminar al mismo tiempo. Al cabo de pocos segundos se reunían.

CAPÍTULO IX

—No te conocía en tu aspecto de asesino a sueldo, Thorne —fue el saludo de Gab—. ¿Paga bien el amigo Duval?

Besser permaneció imperturbable.

—No creo que te interese demasiado discutir mis negocios particulares, Gab. Tengo una proposición que hacerte.

—Veámosla.

—Sé que alguno de los tuyos está herido. Tal vez de gravedad. Te garantizo la vida de todos vosotros y atención para los heridos, a cambio de que os entreguéis inmediatamente.

—No me conviene. Duval nos quiere muertos. En cuanto abandonemos las armas, ¿qué garantías tengo de que cumplirás tu palabra?

—Ninguna, desde luego. Pero Duval no está aquí. Además, ¿qué ganas con resistir? Podrás matar a alguno de mis hombres, con lo que no mejora tu posición. Al fin, más pronto o más tarde acabaríais por caer todos.

Martin vaciló solamente un instante. Después de todo, era la misma reflexión que se había hecho momentos antes.

—De acuerdo, Thorne. Voy a regresar. Dentro de cinco minutos estaremos a tu disposición.

Y dio media vuelta. Besser le retuvo por el brazo.

—¡Espera! Tengo que decirte algo más, Martin. Quizá no lo creas ahora, y más adelante pienses tener pruebas de que te miento. Pero puedo asegurarte que soy vuestro amigo. Confía en mí.

Lo dijo en voz baja. Gab le miró extrañado por unos instantes, no acabando de entenderle pese a la claridad de sus palabras. Luego regresó junto a los otros tres. Thorne Besser, desarmado, no se movió.

—Trae eso, muchacho —apenas hubo saltado detrás de la roca que había utilizado como parapeto, se inclinó sobre Chris, arrancándole el arma de las manos.

Fue necesario recurrir a la fuerza para poder arrancarle de allí. Ni todo el poder persuasivo de Sis Barnes fue bastante para convencerle. Gritando que por su culpa iban todos a dejarse matar, y maldiciendo en todos los tonos, le acomodaron sobre unas parihuelas.

Recogidas todas las armas, Thorne dio la orden de marcha. Gab y Squirrel llevaban la camilla con todo el cuidado que lo escabroso del terreno les permitía.

Media hora de caminar a través de la casi impenetrable maraña vegetal, siempre en dirección paralela a la elevada cordillera, les llevó junto a dos helicópteros de carga.

Varios hombres rodeaban los aparatos. Thorne Besser se adelantó hacia ellos.

—Ahí los tiene, jefe. Más mansos que corderos.

Mel Duval, acompañado de Jan Bliss, se les aproximó.

—Bienvenidos a mis dominios, amigos.

—¡Nunca té hubiera creído capaz de tantas bajezas, miserable! —le escupió la muchacha, corno respuesta—. ¡Y pensar que en algún tiempo llegué a considerar seriamente el casarme contigo!

—¡Pero, Sis! —pretendió disimular. No sabía hasta dónde estaba ella enterada de sus manejos—. Yo solamente estoy aquí para protegerte… Todo quedará aclarado cuando lleguemos a Venustown. ¡Y no podrás negarme que la culpa de lo ocurrido es tuya por no seguir mis consejos! Trataste de violar el Estatuto de los Deportados, y…

—No es necesario que disimules —repuso ella fríamente—. Hemos seguido paso a paso tu carrera en estos últimos tiempos, y sé que tú me has estado robando el titanio; que has pretendido arruinarme, y que finalmente, en cuando has tenido ocasión, te has adueñado de todo lo mío. ¡Y sé que nos vas a matar! ¡Vivos te estorbamos demasiado! ¡Pero este puñado de cobardes que te rodean van a ver como mueren las personas decentes!

—¡Basta ya! —gritó Duval, descompuesto—. ¡Todo el mundo a los helicópteros!

Sis se volvió hacia los sicarios de Duval, que les rodeaban.

—¡Y vosotros, tened cuidado! ¡Sois testigos de sus crímenes, y en cuanto le sea posible dispondrán de vosotros como lo hace conmigo y mis amigos! ¡Podríais comprometerle en adelante con lo que sabéis!

El millonario palideció intensamente. Sis Barnes había publicado su pensamiento con tanta exactitud como si leyera en su cerebro. Los harapientos penados y libertos vacilaron, viendo la situación desde un nuevo punto de vista. ¡En adelante no confiarían

demasiado en él! Y la orden de asesinar allí mismo a los cautivos murió antes de llegar a sus labios. Habría sido demasiado peligroso, en estas circunstancias.

Fue Thorne Besser quien, con su característica agilidad mental, solucionó el problema.

—¿No habéis oído al amo? ¡Todo el mundo arriba!

Su voz, hecha para mandar, galvanizó a la acción a todo el grupo. Con rostros torvos se acomodaron en los compartimentos de carga. A una seña de Duval, Besser se instaló junto al millonario en la cabina del piloto de una de las máquinas.

Los helicópteros emprendieron el vuelo.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, patrón? —preguntó el penado. Jan Bliss se mordía los puños de rabia en el otro aparato, viéndose preterido por este advenedizo, que ni siquiera había cumplido su condena.

—A un lugar que no conocéis ninguno de vosotros, Thorne —sonrió, ya tranquilizado en parte Duval—. Quiero mostrar a esa Barnes donde está su titanio, antes de... ¡Entra por ese desfiladero, Vance!

* * *

Encajonado entre altísimos paredones, el helicóptero penetró en la hendidura, tan lisa y recta que parecía obra del hacha gigantesca de algún colosal habitante del planeta.

Sin embargo no penetraron muy profundamente. Apenas unos centenares de metros llevaban recorridos cuándo Duval dio una nueva orden y el aparato, seguido de cerca por su compañero, fue a posarse en una plataforma rocosa, a cierta altura sobre el fondo del abismo. Una estrecha caverna se abría en la pared vertical.

Mel Duval descendió del helicóptero, haciéndose bien visible para los hombres que ocupaban la cavidad; dos de ellos salieron al reconocerle.

—¿Ocurre algo, patrón? —preguntó uno de ellos.

—Hay novedades, Paul. Pero creo que podremos solucionarlo bien. ¡Guardad los aparatos!

Thorne Besser dio orden de que descendieran todos, penetrando en la estrecha cavidad. Los que les habían recibido empujaron los

helicópteros hasta la pared junto a la caverna, que cedió cual si se tratara de una cortina. En realidad no era otra cosa que una puerta de metal ligero, pintada para imitar la roca.

Detrás había una nave bastante espaciosa, donde podía verse otro helicóptero.

—Tráeme a *esos*, Thorne —dijo Duval—. Haz que te acompañen un par de muchachos bien armados, por sí acaso. A los demás los acomodas en cualquier departamento, ya que la cueva es grande, y que descansen unas horas.

—Está bien, jefe. No quisiera que lo tome a mal, pero… —vaciló— estoy verdaderamente agotado. ¿No podría suplirme Jan en eso de la vigilancia? También es de confianza. Yo descansaría entretanto. Con media hora tendría bastante…

Duval estaba tan satisfecho de los servicios de Besser que se sintió magnánimo.

—¡Tienes razón, debes estar molido! ¡Dispón las cosas como quieras!

—Gracias, patrón.

Salió apresuradamente. Todos los que habían llegado en los helicópteros estaban reunidos en una espaciosa cavidad excavada en la roca viva. Los habituales inquilinos del lugar no parecían haberse percatado siquiera de su presencia.

—¡Jan! Llévate a Ches, Lefty y Hawkins. Coged las armas por lo que pudiera pasar. El jefe quiere que conduzcas a la señorita Barnes y los demás hasta donde está él; es la primera puerta de la izquierda, luego de la entrada.

—¿Al de la pata coja también? —el obtuso Jan Bliss, creyéndose nuevamente objeto de la confianza del todopoderoso Duval, estaba más ancho que largo. Besser dudó una milésima de segundo.

—No. A ése déjalo donde está.

—¡Andando! —los tres nombrados tomaron sus carabinas. Eran los compinches habituales de Jan, veteranos ya al servicio de Duval. Bliss se conformó con examinar el cargador de una pistola que llevaba orgullosamente colgada de la cintura.

Sis Barnes, Gab Martin y Squirrel salieron, escoltados por el cuarteto. No habían pronunciado palabra desde el altercado que tuvo ella con Duval. Especialmente Gab estaba cabizbajo y taciturno, pensando en el error cometido al confiar en la palabra de

Besser de que no les entregaría a Duval.

—¡Es el más rufián de todos ellos! —masculló en voz baja.

—¿Quién, Thorne? —preguntó Squirrel con sorna—. ¡Creí qué ya lo sabías hace tiempo!

Jan llamó a la puerta que le indicara Besser. La voz de Duval le autorizó la entrada.

No había nadie más allí.

—Sentaos, amigos míos. A los condenados se les conceden las máximas comodidades... Lamento no poder ofrecer cosa mejor.

Hawkins rió estruendosamente, coreado por Ches y Lefty en tono menor. Les hacía mucha gracia el macabro humor del jefe.

Ni Gab ni Squirrel se dignaron responder, salvo con un gesto despectivo. Pero Sis Barnes no pudo contenerse de nuevo.

—¿A qué nos has traído aquí, canalla? ¿Por qué no acabas ya de una vez?

—¡Pero, Sis, amiga mía! —habló con falso resentimiento por tan duras frases—. ¿Crees que es muy fácil para mí decidirme a... bueno, a hacer ciertas cosas...? Recuerda que te he amado; no estoy seguro de que no quede en mi pecho un rescoldo de aquel cariño...

—¡Tú no has amado a nadie, jamás! —le espetó—. ¡Parricida!

La sonrisa no se alteró esta vez en el cínico rostro de Duval. Ya comenzaba a acostumbrarse.

—Os he hecho venir aquí para que sepas con certeza el destino que he dado al titanio cuya desaparición tanto te preocupaba... ¡Traedlos por aquí, Jan!

Por una estrecha puertecilla pasaron al compartimento que servía de garaje a los helicópteros. Cuatro o cinco hombres, siguiendo órdenes de Duval, estaban dando un repaso general a las máquinas. Éste continuó hasta el final de la cavidad.

—¡Aquí lo tienes, Sis! ¡Vale millones!

Perfectamente ordenados hasta tropezar con el techo a una altura de cuatro metros, podían verse centenares y centenares de lingotes del oscuro metal. Sis, perfectamente conocedora de aquel método de almacenamiento, hizo un rápido cálculo.

Sonriendo burlona, se volvió hacia Duval.

—Tus cómplices no son de confianza, Mel. Aquí falta casi la mitad.

Ahora le tocó el turno de sonreír a él.

—Está todo, querida. Todo el que no he vendido aún. ¿Crees que ha podido salir de la nada el dinero necesario para montar la organización que dirijo? Cuando mi padre creía que mi único capital consistía en la ridiculez que me asignaba como pensión, yo podía disponer de varios millones. No faltan comerciantes poco escrupulosos que, por una pequeña rebaja en el precio normal de venta, adquieren lo que se les ofrezca, sin preguntar demasiado por su origen…

—Muy ingenioso —hubo de reconocer Gab—. ¿Pero crees tú que, a la larga, podrás continuar adelante con la farsa?

—¡Oh, sí! Hasta el final. Con vosotros fuera del paso, no tendré problemas…

—Especialmente si te deshaces también de tus cómplices… —insinuó maliciosamente Sis Barnes por segunda vez.

Aquello tuvo la virtud de sacar de quicio a Duval. Con un esfuerzo logró contenerse.

—Es inútil que trates de predisponer en contra mía a Jan y los que están con él. Saben que los necesito y que muy difícilmente podría encontrar sustitutos para ellos. Me son fieles.

—No habrás dejado de sembrar tu rastro por alguna parte —aseguró Squirrel, tomando su turno—. Estas cosas requieren, para salir bien, más cerebro del qué tú tienes disponible.

—¡Idiota! —rió Duval—. Si pretendéis irritarme para que ordene que os maten en el acto, os equivocáis. Sé que puedo hacerlo cuando me plazca, y no seréis vosotros quienes… ¡Bien! De todas formas voy a demostrarte, *cara de rata*, que mi inteligencia es superior a lo que tú crees.

»Yo necesitaba dinero en abundancia. Las migajas que me arrojaba *el viejo* no bastaban ni para comer decentemente. Por ese motivo empecé las sustracciones en pequeñas cantidades, siempre de la *Venusian*. Tenía más facilidades allí, ya que era conocido. Luego me gustó la cosa; vi que ampliando mis *negocios* a la *Metallurgy* correría menos riesgos, y arreglé las cosas para que trasladaran allí a Jan y otros amigos… Para entonces ya sabía cuál era mi meta… Poco a poco monté una amplia organización. La *Metallurgy* era mi primer objetivo. Para ello disponía de dos salidas… que ataqué al mismo tiempo, dispuesto a aceptar la que primero madurase. No tuviste suerte en ello, Sis. La diferencia era

de ser la esposa del magnate Duval a convertirte en una mendiga... ahora peor aun: La segunda alternativa, única que te queda, es la muerte.

—Estás acostumbrado ya, Duval —pese a que no abrigaba esperanzas de salir con vida, Gab quería saber lo más posible—. Tus actividades culminaron con el asesinato de tu padre y el expolio de Sis Barnes. Prácticamente te has convertido en el amo de Venus.

—Exactamente. Seré más poderoso de lo qué jamás pude soñar... y el infinito se abre ante mí en cuanto a posibilidades: Dueño de Venus, como tú has dicho; pero, además, no habrá en la Tierra poder capaz de enfrentarse conmigo... Con el tiempo será mío el resto del Sistema Solar. ¿Y quién dice que no me decida a ser... emperador, por ejemplo? Sólo con quererlo...

—Y tu imperio estará edificado sobre la sangre de tu propio padre...

—Nadie me lo reprochará... Barreré a quien lo insinúe siquiera.

—¡Está completamente loco! —murmuró Sis Barnes, aterrorizada. Nadie dio señales de haberla oído.

Gab pareció recapacitar unos momentos en silencio, con la mirada perdida más allá de donde estaban Duval y sus sicarios.

Luego soltó la bomba.

—No tendrás ocasión de hacerlo, Duval. Me temo que, ni tú ni nosotros, vamos a salir con vida de aquí.

CAPÍTULO X

Duval quedó un momento cortado por la sorpresa. Luego se echó a reír.

—¡Desde luego que vosotros no saldréis con vida! El único motivo de habérosla prolongado tanto ha sido el deseo de mostraros que el titanio está en buenas manos. ¡Yo, en cambio, viviré aún mucho tiempo para disfrutar de mis...! —se había ido volviendo mientras hablaba—. ¿Qué significa esto? ¿Te has vuelto loco, Thorne?

Besser, sintiéndose dueño de la situación, rió alegremente. Su rifle apuntaba directamente al abdomen de Duval. Cuatro hombres se las entendían con Jan Bliss y sus colegas, taladrándoles las espaldas con los cañones de sus armas, mientras otros dos mantenían a raya en un rincón a los cuatro que componían la guarnición normal de la caverna.

—Es posible, patrón. Usted ya sabe que un demente puede ser peligroso si se le excita, de modo que le aconsejo mantenga las manos bien lejos de esa pistola...

—¿Qué pretendéis? —Duval, redomado cobarde, temblaba de miedo. De tener la seguridad de que con ello se libraba, hubiera sido capaz de dar todo cuanto poseía.

Besser pareció dudar.

—Pues... francamente, no lo sabemos con certeza. ¿No les parece que es cuestión de discutirlo con calma? Yo propondría una reunión... si ustedes no se oponen. Hay varias soluciones.

Viendo que nadie parecía tener nada que decir, habló sin perder de vista a Duval.

—¿Tenéis a esos ya sin dientes, Joe?

—Sí —respondió uno de los que habían estado desarmando a Jan y compañía—. ¡Estos no son de cuidado por ahora!

—Bien, pues. Esto va por ustedes también, señorita Barnes. De momento son todos mis prisioneros ¡y tengan en cuenta que para mí son todos iguales! Llevadlos junto con los demás, Yo voy en seguida.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el llamado Joe, viendo que Thorne se dirigía a uno de los helicópteros que les habían traído hasta allí.

—Buscar alguna botella —rió—. La entrevista puede hacerse larga.

—¡Espléndido! ¡Busca algún paquete de tabaco también!

A punta de rifle obligaron a desfilar a los doce prisioneros. Squirrel comentó quejumbrosamente:

—¡Ya me voy cansando de que nos lleven de un lado a otro! ¡No hay derecho a esta falta de formalidad!

—¿Qué querrá Thorne ahora, Jess? —preguntó Sis Barnes.

—¡Que me emplumen si lo entiendo! —repuso éste—. Primero nos engaña a nosotros, asegurando que no nos iba a entregar a Duval; luego traiciona a éste... ¡No le veo la gracia por ningún lado!

Pero aún no habían terminado las sorpresas. Joe entreabrió la puerta del departamento de donde les sacara Jan un rato antes, luego de hacer girar la llave en la cerradura. Habló por la rendija.

—¿No hay novedad, muchacho?

—¡No, Joe! —repuso alegremente la voz de Chris—. Podéis pasar.

Chris Havoc, cómodamente sentado sobre un montón de colchonetas, mantenía un rifle en la mano. En el otro extremo de la habitación, tres individuos apoyaban sus rostros y manos contra la pared.

—Ustedes vayan a hacer compañía a aquéllos, por favor —dijo el lugarteniente de Besser—. La señorita queda relevada de esa obligación. Puede acomodarse donde le plazca.

—¡Chris! —reprochó Sis al muchacho—. ¿También tú te has aliado con estos bandidos?

—¡Oh, sí! Pero sólo es circunstancial...

—¡Cállate! —ordenó Joe agriamente—. Ya tendréis tiempo de hablar más tarde.

Con las armas dispuestas a disparar contra el primero que se moviera, esperaron.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Thorne, apareciendo en la puerta. Cerró de un puntapié. En la mano llevaba dos botellas, y del bolsillo sacó varios paquetes de tabaco, dejando todo ello sobre una mesa.

Hubo un movimiento general de aproximación, que Besser cortó con una seca orden.

—Primero encerrad a todos esos —señaló hacia una pequeña puerta que se abría al fondo—. Ahí dentro estarán seguros. Un poco

estrecho, pero que se aguanten. Dejad fuera solamente a *mister* Duval, la señorita Barnes, Gab Martin y Squirrel. Así podremos hablar con más tranquilidad.

Obedecieron disciplinadamente. Luego, ya relativamente seguros, dejaron sus armas en un rincón, sentándose en el suelo alrededor de las botellas. Alguien sacó un mazo de cartas.

Thorne hizo una seña, indicando a sus prisioneros que se sentaran alrededor de la mesa.

—¿Se puede saber ya lo que deseas? —preguntó Duval. El miedo y la cólera se mezclaban en la voz. Miedo por lo que pudiera ocurrirle; ira de ver que el hombre a quien había honrado con su confianza se permitía volverse contra él.

—Poca cosa, patrón —repuso Thorne sin apear la sonrisa, que contrastaba fuertemente con su habitual taciturnidad—. Aquí, los muchachos y yo, hemos pensado que tal vez usted pretendiera quitarnos de en medio en cuanto dejara de necesitarnos, tal como lo dijo la señorita Barnes.

Duval palideció.

—¿Me crees capaz de ello? Yo no traiciono a mis amigos...

—No vale la pena discutir eso ahora. De todas formas, luego de lo ocurrido habrá dejado de considerarnos amigos. Así que me queda bien poco donde escoger. ¿Qué estaría usted dispuesto a dar a cambio de que quedara olvidado lo pasado?

—Pues... no sé. ¿Que pedirías tú? —Duval era cauto. No quería ser él quien ofreciera. Prefería discutir las peticiones del otro.

Pero Thorne llevaba ya su plan bien madurado. Se volvió hacia Sis Barnes.

—¿Y usted? ¿Qué podría ofrecer contra la promesa de dejarla en Venustown con sus amigos, sana y salva?

—¿Yo? —aunque se veía venir la pregunta, Sis quedó sorprendida. Pero su respuesta fue instantánea—. ¡Todo cuanto tengo!

—¿Lo ve, señor Duval? Creo que llegaremos a un acuerdo con la señorita Barnes. Es más asequible que usted.

—¡Pero ella no tiene nada que ofrecer! ¡Todo es mío ahora!

—¡Oh, eso no tiene importancia alguna! Con unas cuantas declaraciones de los chicos que tengo allí dentro, en especial de Jan Bliss, quedaría usted en bastante mal lugar. Y no olvide que sé

donde está el amigo Baldy, que cantaría muy a gusto… ¡Se la tiene jurada!

Nadie hizo comentario alguno. Los hombres de Thorne estaban pendientes de la conversación más que del juego de naipes. Besser prosiguió:

—Las palabras de la señorita Barnes nos han hecho desconfiar de las buenas intenciones del señor Duval. Por ello hemos desarmado a los hombres que menos confianza nos merecían… ¡Dame la botella, Joe! —hizo una pausa mientras el aludido se levantaba y traía lo pedido. Se echó al coleto un buen trago—. Pues, como decíamos: ¿qué le parecería a usted, señorita Barnes, hacernos un pequeño obsequio… por ejemplo el titanio que está almacenado aquí? Usted ya lo daba por perdido…

—Prefiero que conteste Jess —se evadió la muchacha.

—Yo no soy el dueño —protestó Gab—. Sin embargo, te diré, Thorne, que si de mí dependiera, no verías por valor de un céntimo.

—Sabes que no puedes hacerlo —una risotada de Thorne halló eco en sus subordinados—. No tienes más opción que ésa, ya que si todos vosotros desaparecieseis, nadie nos disputaría a nosotros la propiedad de lo que hay aquí…

—¡Yo doy más! —intervino Duval, cortándole la frase—. ¡El titanio y la posibilidad de salir de Venus! ¡Ellos no podrían conseguir eso para vosotros!

—¡Ah, ya dijo algo sensato! —Thorne miraba burlonamente al cobarde—. Ciertamente eso es más de lo que darían ellos… Pero hay un pequeño inconveniente: yo sé que la señorita Barnes y Gab son personas decentes, que cumplirían su palabra… incluso con creces. En cambio de *mister* Melwin Duval yo no me fío en absoluto: es demasiado negra su conciencia para que yo no tenga la seguridad de que tan pronto pudiera poner en marcha sus poderosos medios, nos buscaría para vengarse. ¡Acepto la otra proposición! ¿Vosotros qué decís, muchachos?

—¡Tienes razón, Thorne! No nos dejaría en paz. Aunque perdamos algo, ya procuraremos arreglarnos: con dinero se pueden comprar muchas cosas, hasta un pasaporte —respondió Joe, haciendo de portavoz.

Besser se volvió sonriendo hacia Duval.

—Ya lo ve. No puedo hacer nada por usted. Así que prepárese a

bien morir. Tendrá el consuelo de ir al otro mundo acompañado por sus amigos de ahí dentro —señaló a la puerta tras la que estaban Jan y los demás.

Duval sudaba de terror.

—¿No... no habría... alguna forma... de garantizaros? ¡Estoy dispuesto a hacer lo que sea... firmar un documento para cada uno... reconociendo lo que vosotros queráis!

Thorne se estaba divirtiendo. Lo demostraban sus continuas risotadas,

—Veremos lo que puede hacerse. No se haga muchas ilusiones porque yo, personalmente, estimo en mucho mi vida. Y no me consolaría lo más mínimo el pensar que, si me mataban por orden suya, usted sería acusado después de mi asesinato a causa de un papel... ¡Joe, la botella!

—No queda ya, Thorne —con ademán contrito se la mostró.

—¡Maldita sea! ¡Sois todos unos condenados borrachos! ¡Corre a traer otra!

Con paso inseguro, Joe obedeció. Thorne permaneció con la mirada fija en la puerta, durante unos instantes.

—Id dos de vosotros a ayudarle — ordenó finalmente—. Está tan borracho que es capaz de caerse por el acantilado. ¡Traed todo lo que podáis encontrar, porque seguramente dormiremos aquí!

Continuó regateando con Duval, pero Gab observó en él cierta intranquilidad, como si le preocupara más alguna otra cuestión.

Joe y los dos que salieron detrás de él, tardaban más de lo necesario. Mostrándose indignado, Thorne acabó por ponerse de pie.

—¡Vigilad a éstos! —gritó—. ¡Voy a ver qué les ha ocurrido a ese trío de gandules!

Permaneció fuera escasamente un minuto. A su regreso estaba rojo de cólera.

—¡Mastuerzos! —gritaba—. ¡Vaya pandilla de inútiles que me he buscado! ¡No sé cómo no les he aplastado la cabeza a los tres!

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó uno de los que quedaban—. ¿Qué están haciendo?

—¡Dormidos como cerdos los tienes ahí fuera! ¡Cada uno tiene una botella en la mano! ¡Traedlos aquí, y ya les diré yo, cuando despierten...! ¿No podrían haber esperado unas horas?

Cuando los otros hubieron desaparecido, cerró la puerta por dentro. Riendo se volvió hacia sus prisioneros.

—¡Asunto resuelto, señores! ¡Ya está cada cual en su sitio!

—¿Que quieres decir? —preguntó Gab, intrigado. Veía algo raro en el comportamiento de Besser.

—Ahí fuera hay unos cuantos visitantes que se harán cargo de *mis amigos*. Por eso he cerrado: para que no puedan refugiarse aquí.

—¿Quieres decir que…?

—Exactamente. La policía acaba de llegar… llamada por mí.

—¿La… la policía? —el único que tuvo fuerzas, en medio de su asombro, para hablar, fue Duval.

—¿Se extraña? Permítame que me presente: todos ustedes saben mi nombre, pero nada más. Soy teniente de la Policía Territorial Venusiana…

—¡Estás mintiendo! ¡Lo dices para asustarme… para…! ¡Tú no eres más que un forzado!

Thorne se encogió de hombros.

—Hágase ilusiones mientras pueda. Antes ha dicho Squirrel que usted no tiene talla para dirigir los negocios que ha emprendido, y yo lo repito ahora: dejó demasiados rastros, y la policía andaba detrás de la pista del titanio desaparecido en la *Metallurgy*. Me enviaron a mí para que investigara sobre el terreno.

—No me lo creo aún. Hubieras podido denunciarme mucho antes…

—Me interesaba pillarlo con las manos en la masa… Ahora lo tengo todo: testigos y el cuerpo del delito. Es el momento preciso en que…

Calló. Sus morenas facciones palidecieron ligeramente, al tiempo que elevaba las manos.

Mel Duval, a quien nadie se había preocupado de cachear, tenía una pistola en la mano.

—Aún no está todo perdido para mí —aseguró—. Con la ayuda de los hombres que me quedan fieles, puedo salir… ¡estúpido! —disparó contra Chris Havoc, quien trataba de encañonarle con el rifle que le había servido para vigilar a los primeros hombres capturados por Thorne. El muchacho se desplomó sin un gemido—. ¡Nadie puede interponerse en mi camino!

Su mano izquierda tanteó hacía atrás en busca de la llave. Sis

Barnes, arrodillada junto a Chris, trataba de comprobar la gravedad de la nueva herida. La llave giró...

Comprendiendo que tenían mucho que ganar y poco que perder, los tres hombres se lanzaron hacia adelante como puestos de acuerdo.

Duval disparó dos veces más. Al primer tiro, Thorne pareció tropezar con algún obstáculo invisible. Gab y Squirrel siguieron adelante. A la vez chocaron con Duval, empujándole contra la entreabierta puerta.

La pistola saltó por los aires, y la mano de uno de los prisioneros quedó sujeta entre el marco y la hoja. El hombre lanzó horribles aullidos, en tanto que sus compañeros empujaban, tratando de abrir. Habían comprendido que allí fuera ocurría algo y, no estando muy tranquilos acerca de las intenciones de Thorne para con ellos, procuraban hacerse dueños de la situación.

Pero los tres hombres que, en confuso montón, se peleaban fieramente, actuaban como una cuña. Duval, aplastado por el peso de sus adversarios, se defendía con las energías de la desesperación, sabiendo que era su vida la que estaba en juego. Gab Martin le aporreaba sin compasión, aunque él no salía indemne ni mucho menos. El acorralado millonario utilizaba manos, pies y dientes con bastante efectividad.

Squirrel comprendió que la situación no podía prolongarse demasiado. Los policías que, según Thorne, esperaban fuera, no era fácil que hubieran oído los tiros con la gruesa puerta cerrada, y esperarían a que Besser apareciera de nuevo... para encontrarse, posiblemente, con que una avalancha de desesperados salía de a1lí. Y el resultado de la lucha tenía muchas probabilidades de ser favorable a los hombres dirigidos por Duval y Jan Bliss.

Por ello el hombrecillo dejó que Gab se las entendiera con Duval, en tanto que él se apartaba de un salto y corría hacia donde estaban abandonadas las armas de los hombres engañados por Thorne. Éste, desde el suelo, comprendió su intención.

—¡Échame un rifle, Squirrel! —gritó.

—¡Caray! —contestó éste, haciendo lo que le pedía—. Estaba seguro de que te habían despenado.

Besser cogió el arma al vuelo, y sin entretenerse demasiado en apuntar, accionó el gatillo. Un individuo que trataba de deslizar su

cuerpo por la estrecha rendija, recibió el proyectil en pleno pecho, perdiendo todo interés en la pelea. Squirrel imito a Thorne, manteniendo a raya a los que pretendían escapar.

En la puerta sonaban golpes. Seguramente los colegas del teniente habían comprendido qué allí dentro las cosas no se deslizaban de acuerde con lo previsto. Pero los resistentes paneles metálicos eran capaces de soportar los esfuerzos de varios hombres. Solamente una buena carga explosiva hubiera podido hacerlos saltar.

—¡Abra, señorita Barnes! —gritó Thorne—. ¡No podremos resistir mucho más!

Era cierto. Descontando al de la mano inutilizada y al que recibiera su primer disparo, aún quedaban encerrados nueve individuos, otras tantas fieras, que aprovecharían la menor oportunidad. Y aún suponiendo que Thorne y Squirrel hubieran ocasionado una carnicería entre ellos, cosa que no estaban dispuestos a hacer, el final sería la victoria del mayor número.

Los acontecimientos se precipitaron entonces. Duval vio con desesperación cómo su última oportunidad amenazaba desvanecerse. Con un sobrehumano esfuerzo arrojó lejos de sí a Gab que le mantenía sujeto contra el suelo. Saltó hacia donde había caído su pistola, dejando libre al propio tiempo la puerta. Un torrente de hombres salió por ella.

Squirrel se desentendió de los secuaces de Jan, atento solamente a la mano, ahora armada, de Duval. Su pistola apuntaba directamente al caído Gab Martin. Sonó un disparo.

—Lo siento —murmuró el hombrecillo, como disculpándose ante el herido Besser—. Quería haberle dado en la pistola, pero con las prisas...

El teniente sonrió duramente. Su rifle disparaba sin cesar contra las piernas de la avalancha que se les venía encima. Duval, con un negro orificio en la frente, no estaba en condiciones de ser llevado a ninguna cárcel.

Un tropel de hombres uniformados de plástico gris, irrumpió a través de la puerta abierta por Sis Barnes. Las cachiporras que empuñaban abrían grandes claros en las filas de los que trataban por todos los medios de alcanzar las armas amontonadas en un rincón. Thorne Besser perdió el sentido, cruelmente pisoteado por

los combatientes, entre los que se contaban Gab Martin y Squirrel en ayuda de los que, hasta pocas horas antes, eran sus enemigos.

* * *

—¿Será capaz de no venir?

—Prometió hacerlo. Y no parece hombre de incumplir su palabra.

—¡Ahí llega! —un fornido hombretón, arrastrando la pierna derecha, se abrió paso entre la gente que llenaba la sala de espera del espaciopuerto. Una amplia sonrisa iluminaba sus feas facciones.

—¡Uf! —resopló, deteniéndose junto a los tres que le aguardaban—. ¡Por poco llego tarde!

Estrechó las manos de todos, deteniéndose especialmente en la mujer.

—Espero verles alguna vez por aquí, señora Martin —la aludida sonrió.

—No creo que los malos recuerdos nos lo impidan, ¿verdad... Gab?

El elegante caballero que estaba junto a ella apenas se parecía al desaliñado presidiario que un día trabajó en las minas de la *Metallurgy*. Sin embargo llevaba sobre sí algo que jamás le permitiría olvidar aquella terrible temporada: las lívidas cicatrices que le cruzaban la espalda en todas direcciones.

—¿Has traído eso, Thorne? —preguntó el hombrecillo que les acompañaba. El teniente sacó algo del bolsillo, ofreciéndoselo.

—Aquí lo tienes. Si vuelves por aquí, tráelo. Te será necesario.

—¡Fijaos! —gritó Squirrel, alborozado—. ¡Me la ha traído! ¡Mi chapa de identificación! No temas. Volveré, desde luego, y ella vendrá conmigo. Pero no la necesitaré para lo que tú insinúas. ¡Con la de amistades que tengo ahora en la policía!

Todos rieron. La situación estaba aclarada por completo, y Sis Barnes, ahora señora Martin, había recuperado cuanto perdiera a manos de Duval... más una suculenta indemnización consistente en un buen puñado de acciones de la *Venusian*.

—¿Cómo está... Chris? —preguntó Sis, vacilante.

—Creo que saldrá de ésta, si bien no podrá caminar normalmente en el resto de su vida. Cuando esté bien, se lo

facturaré, conforme me pidieron ustedes.

—¡Oye, Thorne! —terció Squirrel—. ¿No podrías hacer algo por los muchachos que te ayudaron? Ten en cuenta que, gracias a ellos, pudimos salir con bien del asunto.

—Está previsto, no te preocupes. Aunque su ayuda fue involuntaria, he arreglado las cosas de forma que aparezca lo contrario. Saldrán bastante mejor librados que los otros. Jan, creo que se hará viejo en las minas…

Se despidieron. La astronave aguardaba únicamente a que subieran ellos para despegar.

Y pocos minutos después, Sis exclamaba, señalando al exterior.

—¡Mira, Jess! ¡El sol!

Martin pasó el brazo por la cintura de su esposa. ¡El sol! ¡El astro que él no había esperado ver más!

Era mejor olvidar lo ocurrido desde el momento en que se sumergió en el mar de nubes que tenían debajo, hasta ahora en que salían de él.

La vida comenzaba de nuevo.

FIN